

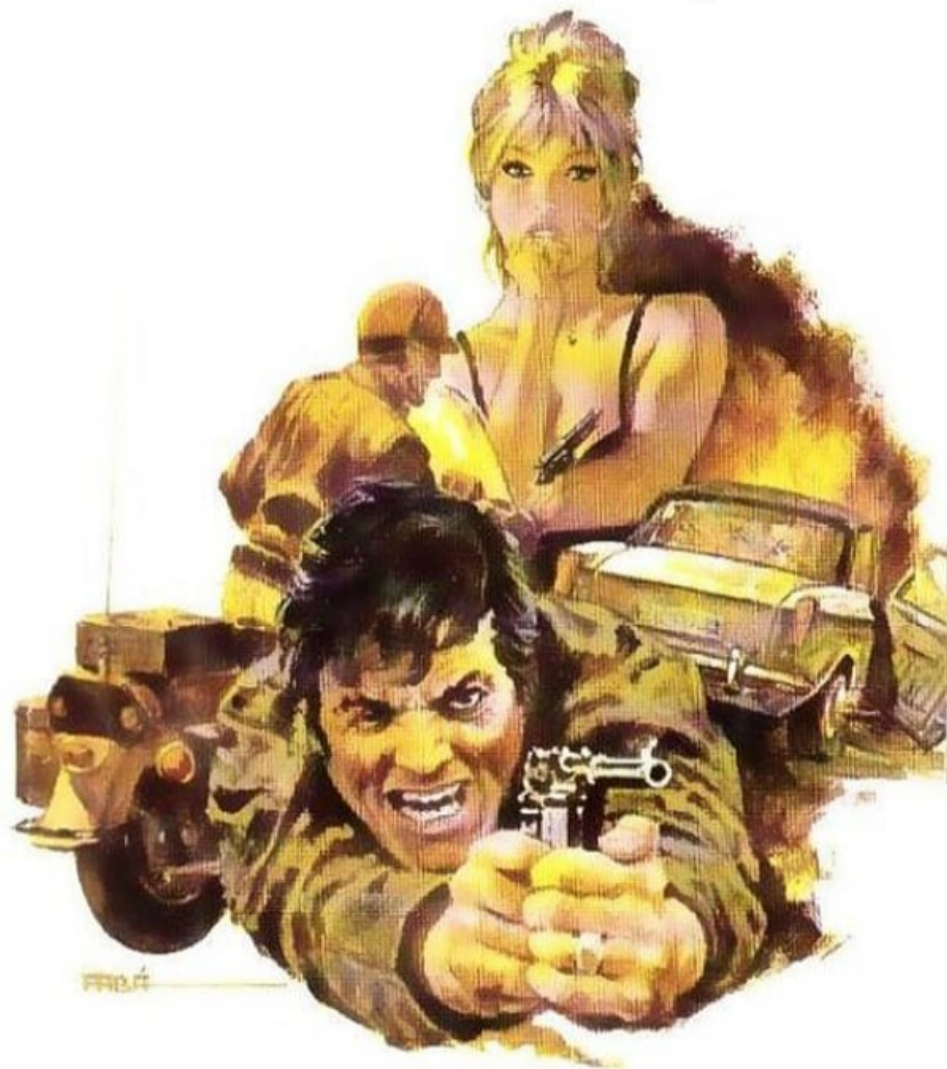
**BRU
GUE
RA**

BOLSILIBROS

T POLICIAO

**LA GUERRA
EN SERIO**

**Lou
Carrigan**



LA GUERRA EN SERIO

SS Nº 1699

Autor: Lou Carrigan

ISBN: 9788402025135

Generado con: QualityEbook v0.78

CAPÍTULO PRIMERO

EN el automóvil iban tres hombres, uno de ellos joven, fuerte, atlético, de atractivo rostro viril, ojos oscuros, mentón sólido. Sus grandes manos parecían capaces de triturar el volante. Este era el que conducía el vehículo.

Los otros dos iban en el asiento de atrás. Se parecían bastante, en líneas generales, más que físicamente en su postura, en sus actitudes. De todos modos, el parecido general era muy considerable: ambos eran de mediana estatura, tenían los cabellos grises, vestían con sobria elegancia, y su porte, incluso sentados e inmóviles, era digno y firme. Debían tener, uno y otro, alrededor de cincuenta años, y parecían la corrección en persona.

De cuando en cuando, mientras conducía por las calles de Nueva York, el atleta que iba al volante, veinte años más joven que sus pasajeros, miraba a éstos por medio del retrovisor, y hacía un gesto como de duda amable. Como si no estuviese de acuerdo con algo. Pero, las cosas ya estaban encarriladas de aquel modo, y, por muy en desacuerdo que estuviese él, no podría hacer nada para cambiarlas.

—¿Falta mucho, Niko? —preguntó uno de los de atrás.

—No. Estaremos allá en un par de minutos.

—Bien... Bien, bien. Es de esperar que la señorita Saint Cyr haya recibido nuestra nota.

—Así debe ser. El servicio de Correos funciona muy bien en este país.

—Sí, claro... Cuando nos detengamos no salgas del coche. Esperas a que salgamos y te vas enseguida.

—Y no vuelvas a por nosotros. Para el regreso ya nos arreglaremos.

Niko los miró por el retrovisor una vez más, frunció el ceño con un gesto más bien simpático, y se abstuvo de contestar. Conocía ya sobradamente las instrucciones, y no era hombre al que tuvieran que repetirle las cosas.

Dos minutos y medio más tarde, el apuesto Niko detuvo el coche, se volvió hacia sus pasajeros, y movió la cabeza hacia el edificio ante el cual se había detenido, situado a su izquierda.

—Hemos llegado.

—Hasta luego, Niko.

—Vete enseguida —dijo el otro.

Se apearon los dos, Niko los miró movió la cabeza, y reanudó la marcha.

Los dos hombres estaban mirando la fachada del edificio, como si de este examen pudieran obtener soluciones a sus incógnitas. Uno de ellos miró su reloj de pulsera, y dijo:

—Hemos sido extraordinariamente puntuales: faltan dos minutos para las seis y media.

—Gracias a Niko. El conoce bien Nueva York.

—Me pregunto qué lugar del mundo no conoce Niko. Bien; ¿subimos?

Entraron en el edificio, se metieron en el ascensor, y pulsaron uno de los timbres de éste. El ascensor inició su viaje.

* * *

LA señorita Ophelia Saint Cyr era alta, esbelta, de formas más que sugestivas, y rubia. Sin embargo, no era una «chica guapa». Tampoco era fea, que quede esto bien claro. Pero no era una de esas rubias de ojos azules que parecen deliciosas muñequitas. Sus ojos eran de un tono más bien dorado, y ahí, precisamente en los ojos de la señorita Saint Cyr, estaba el gran secreto de ésta.

Para un observador corriente, los ojos de Ophelia eran tirando a bonitos, y punto. Para un observador perspicaz, y, valga la redundancia, verdaderamente observador, los ojos de Ophelia Saint Cyr eran punto... y aparte. No eran unos ojos de expresión corriente. Eran unos ojos quietos, serenos, de mirada lenta, calmosa y atenta. Pero, además, si el observador era muy observador, quizá viese algo más en los ojos de Ophelia.

Lamentablemente, hasta la fecha Ophelia no había encontrado aquel observador muy observador.

En aquel momento, las seis y veintinueve minutos de la tarde, Ophelia releía una vez más la nota que había recibido el día anterior por correo. Decía así:

Estimada señorita Saint Cyr: sabemos todo sobre usted, y es por este motivo que deseamos hacerle una proposición que no dudamos será de su máximo interés, tanto profesionalmente como humanamente. Le rogamos que nos reciba en su apartamento el día veintiséis del corriente mes, a las dieciocho treinta. Suyos afectísimos y agradecidos,

X y Z

X y Z. Naturalmente, Ophelia no tenía la más remota idea

respecto a los señores X y Z, pero la nota la había intrigado tanto que había decidido recibirlos, y, en aquel momento, las seis y treinta de la tarde casi en punto, miró una vez más el reloj de pared del saloncito.

Recibir a dos desconocidos en su apartamento no preocupaba ni poco ni mucho a Ophelia. Ni por un momento pensó que se trataba de alguna artimaña de la que se derivase algún perjuicio contra ella; si alguien quería hacerle algún mal era absurdo suponer que pretendía hacerlo a domicilio.

En cuanto a lo de que «sabían todo sobre ella» tampoco la preocupaba, ni mucho menos la sorprendía. Su vida era diáfana: una periodista bastante bien acreditada, con buenas relaciones profesionales y personales, y una vida discreta y correcta.

Lo que sí la tenía intrigada era lo de que el asunto iba a merecer su máximo interés tanto profesionalmente como *humanamente*. ¿Qué querían decir con esto?

Bien, la señorita Saint Cyr iba a salir muy pronto de dudas, porque en aquel punto de sus pensamientos sonó el timbre de la puerta del apartamento. Fue allá, abrió, y se quedó mirando con su quieta y serena expresión a los dos correctísimos caballeros, de erguido porte, tan parecidos en general.

Ambos sonrieron a la vez, como bajo una voz de mando, y uno de, ellos, dijo:

—Buenas tardes, señorita Saint Cyr.

—Agradecemos mucho que haya aceptado nuestra cita —dijo el otro.

Ophelia casi sonrió.

—Pasen, por favor.

Lo hicieron ambos, ella cerró la puerta, y señaló hacia el saloncito. Los dos hicieron una inclinación de cabeza, cediéndole el paso, y Ophelia les precedió. Una vez en el saloncito se quedó mirándolos, y casi sonrió de nuevo.

—¿Cuál de ustedes es X y cuál es Z? —preguntó.

—Yo soy X —dijo uno—, y naturalmente, él es Z.

—Casi empezaba a creer que todo esto era la broma de algún amigo, señores.

—Le aseguro a usted que nada de lo que vamos a tratar tiene el menor parecido con una broma.

—Comprendemos —dijo el otro— que el hecho de que utilicemos letras en lugar de nuestros nombres la intrigue un poco, pero por el momento debe ser así, para seguridad de todos.

—¿La mía también? —alzó una ceja Ophelia.

—Por supuesto.

—Bien. ¿No quieren sentarse?

Los dos se colocaron ante el sofá, esperando a que se sentara Ophelia, que antes de hacerlo preguntó:

—¿Desean tomar algo? ¿Café, whisky...?

—No, gracias. Pero puede usted tomar lo que guste.

—Esperaré —dijo ella, sentándose.

Entonces lo hicieron los dos, uno junto al otro, en el sofá. Ophelia encendió un cigarrillo, y quedó a la espera. Los dos hombres se consultaron con la mirada, como preguntándose cuál de ellos iba a tomar la palabra. Lo hizo X.

—Deseamos contratarla como periodista, ofreciéndole por sus servicios la cantidad que usted misma fije, y nos permitimos suponer que el reportaje que realizaría podría proporcionarle el Premio Pulitzer.

—¿Nada menos?

—Nada menos, señorita Saint Cyr.

—Bueno, yo no trabajo para particulares, pero si me explican qué clase de reportaje tendría que escribir es posible que llegase a interesarme.

—Se trata de un reportaje que contribuiría grandemente a la paz del mundo.

—¿De qué modo? —parpadeó Ophelia.

—Queremos que algunas personas sepan lo que es la guerra en serio.

—¿La guerra en serio? Me temo, señores, que hay muchos millones de desafortunadas personas que ya saben lo que es eso.

—Pero no las personas adecuadas. En principio, su reportaje sería de índole privada, para ser distribuido, con fotografías, en los lugares adecuados, pero finalmente podría usted publicarlo en su agencia.

—Francamente, no entiendo muy bien. ¿Qué tendría que hacer yo exactamente?

—Aceptar una invitación para permanecer unos días, quizá unas

semanas, en determinado lugar. Allí es donde debería usted dedicarse a observar y a escribir los artículos del reportaje.

—Si se trata de artículos de contenido bélico temo no ser una experta en eso, señor X.

—Estamos seguros de que lo haría usted a la perfección.

—Muy amable. ¿Y qué lugar es éste? Presumo que debe ser alguno de los que actualmente se hallan en conflicto, ¿no? Lo cual significaría un cierto riesgo mínimo para mí.

—El lugar al que iría es tranquilo. En cuanto a los riesgos para usted debemos admitir la posibilidad de que surgiera alguno inesperado, pero le garantizamos que sería rápidamente controlado.

—¿Por quién? —abrió mucho los ojos Ophelia—. ¿Por mí?

—No, por favor. Sabemos que es usted una mujer de gran inteligencia y sensibilidad, pero incapaz de acciones... desagradables. En ningún momento se nos ocurriría colocarla en situaciones de peligro que tuviera que resolver usted sola... ¡Qué barbaridad!

—Les agradezco mucho su consideración.

—No faltaría más. Usted estará en todo momento debidamente protegida, en previsión a cualquier contratiempo. Estamos contratando a una dama, no a una... beligerante, señorita Saint Cyr.

—Son muy amables, de veras. ¿Cuál es ese lugar al que tendría que ir?

—No podemos decírselo, lo siento.

—¿Y qué tendría que escribir?

—Lo que usted viera allí... cosas que tampoco podemos decirle por ahora.

—Sin embargo, el resultado final sería que mi trabajo contribuiría grandemente, a la paz.

—Sin la menor duda.

—Y encima —sonrió por fin Ophelia—, me darían dinero.

—La cantidad que usted pida.

—¿Un millón de dólares? —se echó a reír Ophelia.

—De acuerdo.

La risa quedó paralizada en la garganta de la periodista. Naturalmente, había pedido semejante cantidad siguiendo la tónica de la conversación, pero convencida de que le dirían que estaba loca.

—¿Me pagarían un millón de dólares? —murmuró.

—Es lo que usted ha pedido.

Ophelia miraba de uno a otro hombre. Si era una broma, no le veía la gracia por parte alguna. Tal vez al final la tuviera, pero de momento ella no la veía.

—No soy una mujer codiciosa —dijo—, pero un millón de dólares supongo que tentaría a cualquiera. De todos modos, y sinceramente, debo decirles que lo que más me atrae de su proposición es lo de contribuir grandemente a la paz con mi trabajo... aunque no sé cómo conseguiría eso. Tal vez ustedes me han valorado por encima de mis cualidades, señores.

—Estamos seguros de que no. Ya le hemos dicho que sabemos todo sobre usted, tanto en su vida privada como profesional. Es una persona de grandes cualidades... morales. Nos interesa. Y nos interesa, sobre todo, su sensibilidad de mujer.

—¿Qué quiere decir?

—La verdad es que al principio pensamos contratar a un hombre, pero lo rechazamos por una cuestión básica: los hombres, en general, son más duros, menos impresionables y sensibles a ciertos hechos. Barajamos los nombres de los más importantes periodistas norteamericanos y algunos de Europa, pero terminamos por comprender que sería más adecuado contratar una mujer, una... sensibilidad exquisita. Estará usted de acuerdo en que la mujer puede ver en la guerra cosas que la impresionen más que a un hombre. Creemos que usted verá las cosas de un modo diferente, y sin duda su visión será más afinada, por ser la guerra ajena físicamente para usted. En fin, al pensar en una mujer no podíamos elegir otra mejor que usted: es una gran escritora del periodismo, y, leyendo sus trabajos, nos hemos convencido de que posee una gran sensibilidad y unos... sentimientos extraordinariamente humanos.

—Me están abrumando ustedes, caballeros —murmuró Ophelia—. No sé qué decirles.

—Acepte usted —sonrió Z—. Nos complacerá muchísimo contar con su colaboración.

—En cuanto al dinero —dijo X— le aseguro que no se trata de ninguna burla. Lo tendrá, señorita Saint Cyr, al término de su trabajo. Bien entendido que si necesita usted ahora un anticipo no tenemos inconveniente en proporcionárselo, a pesar de que los

gastos del viaje corren por nuestra cuenta, y no digamos los de su estancia en el lugar elegido. Pensamos enviarle el pasaje de avión a la mayor brevedad.

—Tal vez la señorita Saint Cyr quedaría más satisfecha si le entregásemos ese anticipo —dijo Z.

—No se trata de eso —movió la cabeza Ophelia—. Es que ¡es todo tan extraño!

—Sí, comprendemos su perplejidad, sus dudas. Créame que nos gustaría ser más explícitos, pero nos resulta imposible por ahora.

Ophelia quedó pensativa. Sí, todo era muy extraño, pero... ¿qué podía perder ella? Ni por un momento pensó que alguien pretendiera secuestrarla, o hacerle mal alguno. Y menos, de aquel modo. ¿Para qué complicarse tanto la vida si querían matarla, secuestrarla o violarla o... o enviarla como mercancía a cualquier harén o sitio parecido? Ella vivía normalmente, cualquiera podía verla en la calle, en su agencia, en cualquier sitio. Podían perjudicarla sin necesidad de comprometerse tanto.

—De acuerdo —reaccionó de pronto mirando de uno a otro hombre—: acepto.

—¡Magnífico! —exclamó Z.

—No se arrepentirá usted —aseguró X.

—Esperemos que no —suspiró Ophelia—. Bien, ¿qué tengo que hacer ahora?

—Nada especial. Dentro de un par de días recibirá usted un sobre con sus pasajes de avión. Simplemente, realice ese viaje. Al llegar a destino alguien la estará esperando para acompañarla a su ubicación definitiva, donde deberá proceder a su trabajo.

—Por favor —pidió Z—, esté preparada para ese viaje en cualquier momento a partir de mañana.

—Lo estaré.

Los dos hombres se pusieron en pie.

—Ha sido extraordinariamente satisfactorio conocerla en persona, señorita Saint Cyr —dijo X—. Y estamos seguros de no habernos equivocado en la elección: es usted una joven inteligente y valiente. Muchas gracias.

Ophelia asintió, se puso en pie, y acompañó a sus visitantes hasta la puerta, donde ambos efectuaron sendas inclinaciones de cabeza al despedirse. Ophelia regresó al salón. La conversación no

había durado ni diez minutos.

—Supongo que no lo he soñado —dijo Ophelia en voz alta.

Bien, tenía que hacer muchas cosas, empezando por su equipaje. Y debería hacer algunas llamadas telefónicas, pues no quería que nadie se alarmase por su ausencia, que podía durar días o semanas...

* * *

EL teléfono sonó en el modesto cuarto del modesto hotel, y Niko descolgó el auricular inmediatamente, quedando de costado en la cama.

—¿Sí?

—¿...?

—Ah, hola —sonrió—. Sí, claro que soy yo.

—¿Ha aceptado? Estupendo.

—Tranquilos, tranquilos, yo sabré hacer mi parte, siempre y cuando ustedes no cometan errores en la suya. Avísenme cuando todo esté preparado para el viaje, ¿de acuerdo?

—Pues adiós.

Colgó, se sentó en el borde de la cama, y encendió un cigarrillo. Estuvo fumando pensativamente un par de minutos. Luego, tomó las revistas que había sobre la mesita de noche, y las fue colocando sobre la cama. Todas ellas estaban abiertas, mostrando las páginas interiores en las que, en diferentes tamaños, y unas en color y otras en blanco y negro, aparecían fotografías de la señorita Ophelia Saint Cyr acompañando artículos escritos por ella. Algunas tenían varios meses.

La más actual mostraba en primer plano el rostro de Ophelia, serio, con aquella mirada quieta y serena en sus dorados ojos. Aquellos ojos que tenían fascinado a Niko.

—Eres mucho más que bonita —susurró éste—. Eres una mujer. Y él se entendía.

Había conocido cientos de mujeres, pero ninguna como Ophelia Saint Cyr. Ninguna. Y estaba seguro de no equivocarse. No por la fotografía, que podía estar trucada o, de algún modo, ser inexacta, incluso engañosa. No, no era por esto.

Era porque desde hacía más de una semana él había estado vigilando a la señorita Saint Cyr y, aunque ella no había reparado en él, él sí había podido verla bien a sus anchas, de cerca, y, en ocasiones, de lejos, utilizando prismáticos. De modo que había visto sus ojos en directo, tal como eran indiscutiblemente.

En el fondo, Niko lamentaba que Ophelia Saint Cyr fuese a intervenir en aquello, pero, dejando aparte sus inquietudes, tenía la certeza de que ella podría hacer muy bien lo que se esperaba. Sabía que las cosas no iban a ser fáciles, ciertamente, pero ella las haría.

En cualquier caso, una cosa sí era segura, segura segurísima: la señorita Saint Cyr no debería preocuparse demasiado por los acontecimientos que pudieran significar peligro para ella.

—No te preocupes, cariño —dijo Niko—: Niko siempre estará cerca de ti.

Alzó la revista, la colocó ante su rostro, y besó la fotografía de Ophelia en la parte de la boca.

CAPÍTULO II

DOS días más tarde, la señorita Ophelia Saint Cyr llegó al aeropuerto Kennedy, donde debería tomar el avión con destino a París. Alta, rubia, discretamente elegante, sosegada la mirada de sus ojos de aquel extraordinario tono dorado, nadie se fijó, al parecer, de modo especial en ella. Alguna que otra mirada masculina a sus piernas o sus caderas, pero eso fue todo. El rostro de la señorita Saint Cyr no resultaba «llamativo», no era el de esas preciosas muñequitas rubias de calendario. Si hubiera sido más bajita ni siquiera habría merecido las escasas miradas masculinas.

Llevaba una maleta y un maletín de viaje. Poca cosa para un viaje a Europa, pero evidentemente a la señorita Saint Cyr no le gustaba complicarse la vida, y si debía gustarle viajar con el mínimo de molestias.

Como era habitual en ella siempre que viajaba, llegó al aeropuerto con tiempo sobrado. Se aseguró de que los pasajes que había recibido estaban correctos, se proveyó de su *tiquet* de embarque, entregó su maleta, y, portando siempre su maletín, fue a adquirir un par de revistas, provistas de las cuales ocupó uno de los asientos del vestíbulo, dispuesta a esperar la llamada para los pasajeros del vuelo a París.

Junto a ella, alguien ocupó otro asiento, pero la señorita Saint Cyr no pareció reparar en ello, y continuó hojeando una de las revistas, con amable expresión, como divertida...

—Siga leyendo —sonó la voz junto a ella—, pero escúcheme con toda atención. No mire hacia mí.

Quien había hablado era el hombre que se había sentado junto a

ella. Ophelia Saint Cyr movió apenas la cabeza, en un gesto instintivo, al oírlo, pero consiguió controlarse y permanecer con la mirada fija en la revista, la cabeza levemente inclinada.

—Muy bien, así me gusta —dijo el hombre—. Ahora, voy a explicarle la situación: queremos hablar con usted, pero no aquí, de modo que vamos a salir. Un automóvil nos recogerá en cuanto salgamos. ¿Me ha entendido?

—Sí —murmuró Ophelia.

—Bien. No intente ninguna tontería, como gritar o echar a correr. Si usted hace algo que nos moleste la vamos a acribillar. ¿Entiende también esto?

—Sí.

—Hay otro hombre que la está vigilando. Yo voy a dirigirme ahora hacia la salida. Pocos segundos después, sin que sea evidente, camine detrás de mí.

Ophelia cerró la revista, y la dobló, como quien decide dejar de leer. Vio al hombre pasar ante ella, se recostó en el asiento, y miró alrededor, como aburrida de leer y preguntándose qué podía hacer para entretener la espera.

A los pocos segundos se puso en pie, colocó las revistas dobladas bajo la axila izquierda, tomó con esta mano el maletín, y se fue en pos del hombre, siempre sin mirarlo directamente. El hombre salió del vestíbulo, y ella lo hizo a los pocos segundos. Volvió a verlo, a unos veinte metros, vuelto parcialmente hacia ella, junto a un automóvil. El hombre, seguro de que ella lo había visto, se metió en la parte de atrás del vehículo. Segundos más tarde lo hacía Ophelia, que entonces sí miró directa y serenamente al desconocido.

—¿Quién es usted? —murmuró—. ¿Qué significa esto?

—Usted nos lo explicará —dijo el hombre—. Pero no ahora. Iremos a conversar a un sitio más tranquilo.

—¿Conversar? ¡Esto es un secuestro!

—Sólo temporal —el hombre la miraba con curiosidad—. Su rostro me suena, nena.

Ophelia iba a replicar cuando la portezuela de su derecha se abrió y otro hombre entró, sentándose a su lado, de modo que quedó entre uno y otro desconocido. El que estaba sentado al volante no esperó más para arrancar. Por fin, Ophelia dijo:

—¿Mi rostro le suena? ¿Quiere decir que ni siquiera sabe quién

soy?

—¿Quién es?

—¿Realmente no lo sabe? Entonces, ¿a qué viene esto? ¡Ustedes se están confundiendo, eso está claro!

—Claro que no. Hemos estado siguiendo a Hugo y Vitalo por toda Nueva York, y, aunque en muchas ocasiones no hemos podido saber qué hacían, sí lo hemos sabido en una ocasión muy concreta: el momento en que adquirieron pasajes de avión para París y de aquí a Roma. Hemos estado esperando en el aeropuerto a la persona que debía presentarse con el pasaje para París que ellos adquirieron, y se ha presentado usted con ese pasaje y ha adquirido el *tiquet* de embarque correspondiente. ¿Lo entiende?

—No. Ni siquiera sé quiénes son Hugo y Vitalo.

—Son dos individuos de mediana edad, atractivos y elegantes que han estado visitando diversos edificios de apartamentos de Nueva York. No había manera de saber qué hacían en esos edificios, hasta que les vimos adquiriendo esos pasajes. Entonces, comprendimos que ellos habían visitado a determinada persona, pero, para no delatarla, antes y después estuvieron entrando y saliendo en varios edificios. En uno de ellos, eso está claro ahora, estaba usted, que los recibió y habló con ellos. Luego, ellos adquirieron los pasajes, y se los enviaron a usted. ¿Sigue negando conocer a Hugo y Vitalo?

—No conozco a nadie con esos nombres.

—Tal vez no conozca los nombres, pero sí a los hombres. ¿Cierto?

—¿Quiénes son ustedes?

—Nena, nosotros llevamos la dirección del juego ahora. Así que hagamos las cosas bien. ¿Quién es usted?

—Me llamo Ophelia Saint Cyr.

—Muy bien. ¿A qué se dedica, qué relación hay entre usted y esos dos?

—Soy periodista, y si no me dice...

—¿Periodista? ¿De veras? ¿Y para qué quieren Hugo y Vitalo una periodista?

—Iba a decirle que si no me dice usted quiénes son Hugo y Vitalo no podré saber si realmente los conozco y cuál es mi relación con ellos.

El conductor miró a Ophelia por el retrovisor, y rio quedamente.

—Tiene empaque la nena, ¿eh? —dijo—. Aunque no es tan nena. Seguro que ya no cumple los quince añitos.

Se echó a reír de nuevo. Los otros dos miraban con leve irritación a Ophelia.

—Escuche —dijo el que llevaba la voz cantante—, ya le he dicho quiénes son, y no me diga que no los recuerda o los confunde. Son dos sujetos un tanto peculiares. ¿La visitaron o no?

—Bueno... Sí. Sí, me visitaron.

—Empezamos a entendernos.

—Pero no dijeron llamarse Hugo y Vitalo.

—¿Qué nombres utilizaron?

—X y Z.

—¿De veras? Bueno, no me sorprende demasiado. ¿Qué le dijeron?

—Me contrataron como periodista.

—Eso es lo que nos desconcierta. ¿Para qué quieren una periodista?

—No me lo dijeron. Sólo me dijeron que tendría que escribir unos artículos con un tema que ellos me darían. Sólo eso.

—¿Y sólo para eso la hacen viajar a Roma?

—Le aseguro que no me dijeron nada más.

—Ya. Y usted, tranquilamente, hace sus maletas y se pone en camino hacia Roma.

—Me ofrecieron mucho dinero. Habría sido una tontería negarme.

—¿Cuánto dinero?

—Cien mil dólares.

—¿Por escribir unos simples artículos?

—Es lo que sé hacer mejor, señor... señor...

—Smith —sonrió el hombre—. De acuerdo, es usted periodista, sabe escribir y le ofrecieron cien mil dólares por unos artículos. Pero no deben ser unos simples artículos, claro que no. ¿Qué clase de artículos?

—No me lo dijeron. Mire, señor Smith, todo lo que yo sé es que debo llegar a Roma, donde alguien me recogerá y me llevará a otro lugar para escribir los artículos. Por mucho que usted me pregunte no podré decirle más.

—¿Aunque la amenace con arrancarle las orejitas?

—Aunque me amenace con hacerme pedazos. Si no sé más no podré decirle más, eso es obvio.

—Obvio —pareció digerir la palabra Smith—. Bueno, ¿de qué más hablaron usted y Hugo y Víto?

—Absolutamente de nada más. Me dijeron que me conocían profesionalmente, que les parecía la persona indicada, me hicieron la oferta, acepté, y ellos se fueron. Nada más, lo crea usted o no.

—Esto no tiene sentido —dijo el compañero de Smith.

—De algún modo debe tenerlo.

—No entiendo nada de lo que está pasando —dijo Ophelia—. ¿Serían tan amables de explicármelo?

—Cierre la boca.

—Oiga, ustedes me han secuestrado, y quiero saber...

—¡Cierre la boca!

Ophelia Saint Cyr cerró la boca, dejó descansar sus manos sobre el maletín colocado en sus rodillas, y pareció perder contacto con la situación.

Lo recuperó media hora más tarde, cuando el automóvil, finalmente, se detuvo ante un pequeño chalé en la periferia de Long Island. Comenzaba a anochecer. Y una cosa era cierta: la señorita Saint Cyr ya no podría tomar el avión a París.

Entraron los cuatro en el chalé, que además de pequeño era antiguo y estaba muy descuidado. En un rincón se veían amontonadas las fundas de los muebles, que se veían limpios de polvo, en contraste con todo lo demás. Ophelia permanecía en silencio, mirando de uno a otro a los tres hombres, que lo primero que hicieron fue agarrar una botella de whisky que había sobre una mesita y pasársela de uno a otro para beber directamente de ella.

—Maldita sea —dijo de pronto Smith—. ¡Y ni siquiera tenemos teléfono en esta mierda de lugar!

—No podíamos ir a otro sitio con ella —dijo su compañero.

—¿Qué hacemos con la nena? —preguntó el conductor—. Yo me inclino a creer que nos ha dicho la verdad, de modo que ya no nos sirve de nada. Bueno, casi de nada —terminó sonriendo maliciosamente.

—Déjate de porquerías —gruñó Smith—. Y para quitarte esas ideas de la cabeza será mejor que seas tú quien regrese a Nueva

York. Explica todo esto, y a ver qué instrucciones te dan.

—¿Y no sería mejor que fueseis vosotros? —refunfuñó el conductor.

—Te gustaría quedarte aquí con ella a solas para tirártela, ¿eh? Pues nada de eso. Tenemos que pedir instrucciones, y no quiero estupideces. De modo que ya te estás largando.

—¿Por qué tantas complicaciones? Nos la tiramos los tres, la liquidamos, y volvemos juntos. Sea como sea, ella ya no servirá de nada.

—Te he dicho que te largues, ¿no?

El conductor masculló unas palabrotas, y se dirigió hacia la puerta, seguido por la asustada mirada de la señorita Saint Cyr, que enseguida miró a Smith y al otro, muy abiertos los ojos.

—¿Me van a matar? —preguntó con un hilo de voz.

—Por el momento, no. Siéntese y permanezca calladita.

—Pero yo... yo no comprendo nada de todo esto... ¿Adónde va su amigo, quiénes son ustedes y qué...?

—Maldita cotorra —gruñó el otro—. ¡Cállese! Y deje de preocuparse por su tonta vida. Es posible que alguien más listo que nosotros quiera hablar con usted, así que todavía tiene cuerda para rato.

Ophelia se sentó, y quedó inmóvil, muy erguida, siempre asustada la expresión.

Afuera, el conductor llegaba en aquel momento junto al coche, todavía irritado. Quedaban las últimas luces del día, era ese momento en que se ve incluso peor que en plena noche. De todos modos, aunque hubiera sido pleno día, no habría podido ver al hombre que se había acuclillado frente al coche, y que, al llegar él junto a la portezuela, apareció de pronto y se colocó frente a él con agilísimo salto.

El conductor se llevó una sorpresa mayúscula, que le hizo respingar. Acto seguido, todavía abierta la boca, llevó velozmente la mano derecha hacia la axila izquierda... La hoja de la navaja de resorte pasó bajo su antebrazo, velozmente, de abajo arriba, y se hundió en el pecho con blando impacto, como de goma. El acero llegó al corazón del conductor, que abrió mucho más los ojos y la boca, emitió un ronquido, y se relajó súbitamente. El hombre que lo había matado lo sostuvo erguido por medio de la hoja de acero

hundida en su pecho y sujetándolo a la vez por una solapa.

Lo depositó cuidadosamente en el suelo, junto al coche, y retiró la navaja, cuya hoja limpió con la ropa del muerto. La guardó, se puso en pie, y se dirigió tranquilamente hacia la casa.

Segundos después llamaba a la puerta, con toda naturalidad. A los pocos segundos la puerta se abrió, y Smith apareció, fruncido el ceño, hosca la expresión.

—¿Qué dem...? —empezó.

Se atragantó al ver la pistola provista de silenciador que se acercó a su pecho. Sintió el contacto del silenciador sobre el tórax, y acto seguido oyó, como algo irreal, increíble, el apagado «plop». La bala penetró en su corazón, matándolo en el acto y empujándolo hacia atrás, como dando un traspie. Comenzó a caer de espaldas, mientras el hombre que acababa de matarlo pasaba velozmente por su lado directo hacia la puerta de la salita.

En el momento en que aparecía en ésta, Smith llegaba al suelo, y el impacto se oyó claramente; dentro de la salita, el compañero de Smith, que miraba con desconfiada expectación hacia la puerta, oyó el impacto y vio al mismo tiempo al hombre. Por sus ojos pasó un destello de reconocimiento y de alarma, emitió un grito ahogado, y metió la mano izquierda hacia la cintura, por el lado derecho.

Plop, disparó el recién llegado.

La bala se hundió con seco crujido en la frente del otro, derribándolo violentamente, sin que hubiese llegado a tocar la pistola que llevaba en la cintura. Cayó de cabeza, rebotó, se retorció grotescamente, y quedó tendido de bruces.

El expeditivo visitante miró afablemente a la señorita Saint Cyr, y dijo:

—Supongo que no hay nadie más en la casa.

Ophelia Saint Cyr, que estaba rígida y asustadísima, desorbitados los ojos, parecía incapaz de reaccionar. Contemplaba al desconocido como si éste fuese una visión imposible de admitir. Él se adelantó, le dio un cachetito en una mejilla, y sonrió.

—Tranquilícese. Todo está bien ahora.

Ella tragó saliva, y susurró:

—Dios... Dios mío...

—Lamento que haya ocurrido esto, pero usted vale más que todos estos tipos juntos. Eran asesinos profesionales. Deberían

darme a mí el Premio Pulitzer por privar de ellos a la humanidad.
¿Está bien? ¿La han maltratado?

Ella negó con la cabeza, y tartamudeó:

—¿Qui... quién... quién es... usted?

—Niko Straviros, su seguro servidor.

—¿Mi seguro... servidor?

—Puede estar cierta de ello.

—Pe... pero... ni siquiera le conozco a usted...

—Yo a usted sí, hace tiempo.

—¿Sabe quién soy yo?

—Naturalmente —sonrió de nuevo Niko Straviros—. La señorita Ophelia Saint Cyr, ¿no? Para entendernos todavía mejor digamos que es usted amiga de X y Z, los cuales son amigos míos.
¿Comprende mejor ahora, señorita Saint Cyr?

—Sí. Yo... Bueno, no sé, creo... creo que sí...

Niko Straviros, que contemplaba fascinado los ojos de Ophelia, movió la cabeza.

—Se la mire como se la mire es usted maravillosa. Pero creo que no debemos permanecer más tiempo aquí. Deje el coche a unos doscientos metros. ¿Nos vamos?

—Pero usted... Estos hombres... ¡Ha matado usted a dos hombres!

—Tres —la miró amablemente Niko—. Y por usted habría matado trescientos. O tres mil. Sobre todo si eran como éstos. Olvídelos, no valen ni siquiera un recuerdo.

La tomó de un brazo y la ayudó a ponerse en pie, porque la señorita Saint Cyr parecía incapaz de hacerlo por sí sola. Salieron del chalé, y Niko se encaminó hacia donde había dejado el coche, todavía sujetando a Ophelia por un brazo. En la ya casi completa oscuridad, ella tropezó un par de veces, pero allá estaba la fuerte mano de Niko Straviros para sujetarla.

Llegaron al coche, Niko le abrió la portezuela derecha, la cerró, y fue a sentarse ante el volante. Puso el motor en marcha y arrancó. Encendió las luces de posición y las de cruce. Miró a Ophelia.

—Siento mucho que haya tenido que pasar un mal rato, pero no me atreví a hacer nada en el aeropuerto.

—¿Estaba usted allí?

—Claro. No debía dejarme ver por usted, o al menos, no debía

relacionarme con usted todavía, pero las circunstancias mandan. Mire, si hubiera intentado algo en el aeropuerto ellos la habrían matado, ¿comprende?

—Sí... Sí, sí.

—Bien. ¿Qué ha ocurrido?

—Bueno, me han hecho... preguntas. Muchas preguntas. ¡No sé qué es lo que querían exactamente!

—Explíqueme toda la conversación, y veamos si podemos sacar algo en limpio. Aunque para mí todo está claro: esos sujetos habían sido contratados por la MO.

—¿La qué?

—La *Master Organization*. Nosotros la llamamos por sus iniciales, la MO. Por supuesto, usted nunca ha oído hablar de ella.

—No. Nunca.

—No se sorprenda. La MO opera a unos niveles tan secretos que ni siquiera cien personas en todo el mundo han oído hablar de ella.

—¿Qué... qué niveles?

Niko Straviros movió de nuevo la cabeza.

—Será mejor que me explique usted su conversación con esos sujetos.

La señorita Saint Cyr, que se iba serenando rápidamente, explicó con no poca precisión lo sucedido, mirando con frecuencia a Niko Straviros, que parecía más atento a la conducción que a sus palabras, aunque evidentemente no era así. A medida que iban penetrando en Long Island, la señorita Saint Cyr iba viendo mejor a Niko Straviros, es decir, parecía ir reparando en él como hombre, no como un aparecido fantasmal. Y a cada instante, forzosamente, tuvo que ir reparando más y más en el gran atractivo viril de su acompañante y salvador.

Cuando ella terminó de hablar Niko le dirigió una breve mirada entre sorprendida y aprobativa.

—¿De modo que no les dijo usted que se trataba de hacer unos reportajes sobre la guerra en serio?

—No... No lo hice,

—¿Por qué? Se arriesgó usted mucho.

—Ellos no podían saber lo que habíamos hablado X, Z y yo, así que podía decirles lo que quisiera yo, no lo que querían ellos.

Niko soltó una carcajada.

—¡Ha sido usted muy valiente! —exclamó.

—¿Valiente? Dios mío, nunca me he sentido tan... tan cobarde... ¡Estaba muerta de miedo!

—Lo comprendo. Sin embargo, tuvo ánimos para llevar muy bien la situación. Y si no he entendido mal incluso quiso usted sonsacarles algo a ellos.

—Bueno... Sí que lo intenté, pero no conseguí nada.

—No importa. Lo sabemos todo sobre esa gente de la MO, y esos tres ni siquiera pertenecían directamente a la organización, eran simples asalariados circunstanciales. ¿Ellos no le dijeron nada que tenga significado, para usted? ¿Nada absolutamente?

—No. Nada.

—¿Ni siquiera mencionaron el UWA?

—No. ¿Qué es eso?

—Ya lo sabrá. Perdóneme por no decírselo ahora, pero me parece más prudente así. Bien, ambos hemos perdido ese avión a París, de modo que tendremos que esperar otro vuelo. Pero no se preocupe, yo arreglaré las cosas de modo que todo salga mejor en adelante.

—¿Significa eso que usted cree... que yo voy a seguir adelante con eso?

—¿No? —la miró vivamente Niko.

—¡Han podido matarme... y ni siquiera sé por qué! ¡No entiendo nada de todo esto, pero sí entiendo que aquellos hombres me habrían matado!

—Eso es cierto e innegable —murmuró Niko—. Y no seré yo quien la fuerce a usted para que siga con esto. La comprendo. Mire, ellos no podrán decir nada a nadie sobre usted, de modo que si lo desea puede volver a casa y dar este asunto por terminado. Cuando menos, tendré el consuelo de saber que está usted a salvo, dejaré de preocuparme por usted. La próxima persona que elijan ya no me preocuparé tanto.

—¿Por qué?

—Porque no estaré enamorado de ella.

—¿Quiere decir... que está enamorado de mí?

—Locamente —la miró Niko—. ¿Por qué se sorprende?

—Bu... bueno, no sé... ¡Todo esto es increíble!

—Dígame dónde quiere que la deje, y después me pondré en

contacto con X y Z para decirles que busquen a otra periodista, o a quien quieran. Y no crea que eso me deja indiferente, porque quien la propuso a usted fui yo.

—Pero no puedo... irme a casa sin saber lo que está ocurriendo. ¡Soy periodista!

—Eso no significa que una persona de su calidad deba correr riesgos para los que no está preparada. Creo que cometí una imprudencia al seleccionarla.

—¡Tampoco soy tan tonta ni tan indefensa! —protestó la señorita Saint Cyr.

—Para todo esto, sí. Dígame dónde quiere que la deje.

—¡No quiero que me deje en ninguna parte! ¡Quiero saber qué es lo que está ocurriendo, dónde, cómo y por qué!

—Para saber eso debería usted continuar en el asunto.

—¡Pues continúo en el asunto! ¿Qué se ha creído?

Niko le dirigió una sonriente mirada.

—Desconocía esa faceta de su personalidad, pero le aseguro que no me desagrada en absoluto. ¿Quiere continuar? Pues por mí, estupendo, ya que eso significa que continuaré cerca de usted...

CAPÍTULO III

NATURALMENTE, en previsión a nuevos posibles contratiempos, la ruta del viaje fue cambiada, y así, la señorita Ophelia Saint Cyr, en lugar de salir de Nueva York y volar a París y finalmente a Roma, salió de Ottawa, en Canadá, y voló a Londres y finalmente a Venecia.

Durante todos estos desplazamientos Niko Straviros estuvo cerca de ella, pero no con ella. Nadie se dio cuenta de que en realidad la señorita Saint Cyr no viajaba sola, sino muy bien acompañada y custodiada: había que proteger a la indefensa periodista, y Niko se encargó de ello, siempre atento, siempre vigilante.

En el aeropuerto de Marco Polo, Niko sí se acercó a Ophelia. Parecía que el juego de los disimulos había terminado, ya no era necesario andar con tantas precauciones. Al igual que Ophelia, Niko viajaba con una sola maleta, y él fue quien se encargó de recoger la suya propia y la de Ophelia a su llegada a Venecia. La maleta de Ophelia, que había partido hacia París, fue misteriosamente rescatada, y cuando la periodista llegó a Londres la tenía a su disposición allí.

Ahora, cargado con las dos maletas. Niko Straviros se plantó ante Ophelia, que esperaba en el vestíbulo del Marco Polo.

—Hola —sonrió Niko—. ¿No nos conocemos de algo?

Ophelia sonrió encantadoramente.

—Creo que sí. ¿No trabajaba usted de maletero hace años en el aeropuerto de Hong Kong?

Niko se echó a reír, y dijo:

—Así es. Y desde entonces estoy enamorado de usted. Es por eso

que la estoy siguiendo por todo el mundo disfrazado de pigmeo.

—Pues va muy mal disfrazado. A menos que yo esté confundida y los pigmeos no sean esa gente pequeñita y generalmente de raza negra. Traiga, no tiene por qué ir cargado usted con todo.

—De ninguna manera —esquivó Niko el gesto de Ophelia para agarrar su maleta.

—Escuche, Niko, yo sería incapaz de matar a tres hombres, pero puedo perfectamente llevar mi equipaje. Y no me gustan los servilismos.

—No es servilismo por mi parte. Es que la adoro. Pero está bien, que cada cual lleve sus cosas. De todos modos no se cansará usted mucho.

Ophelia comprendió esto apenas medio minuto más tarde, cuando al salir del edificio del aeropuerto un hombre se acercó a ellos, la miró un instante con cierta perplejidad, y luego posó una mirada cargada de respeto en Niko Straviros.

—A la orden de usted, mi coronel —murmuró, poniéndose firmes.

—No seas patoso, Dusko —gruñó Niko—. Nada de ordenanzas aquí.

—Sí, mi coronel.

Ophelia, que había quedado un instante atónita, exclamó:

—Coronel... ¿de qué? ¿Y de dónde?

—Ya hablaremos de eso —pareció molesto Niko—. Dusko, lleva el equipaje de la señorita.

—Sí, mi coronel. Sígame, por favor. Todo está preparado.

Agarró enérgicamente la maleta de Ophelia, giró con marcialísimo gesto, y echó a andar. Niko tomó de un brazo a Ophelia, que le miraba expectante.

—¿Adónde vamos ahora... coronel?

—A la base.

—¿Qué base?

—La base del UWA: *United World Army*.

—¿Ejército Mundial Unido? —se pasmó Ophelia—. ¿Es usted coronel del Ejército Mundial Unido?

—En efecto.

—¡Jamás he oído mencionar ese ejército!

—Pronto podrá decir todo lo contrario. Por favor, no hablemos

aquí de eso. Debo rogarle que no se enfade conmigo por obligarla a proseguir el viaje sin descansar, pero me pareció más prudente no hacer más escalas de las imprescindibles.

—¿Quiere decir que vamos a tomar otro avión?

—No. Un helicóptero.

—¿Del UWA?

—Sí —la miró sonriente Niko—. Es usted muy perceptiva, Ophelia. De todos modos no espere ver distintivos en el helicóptero, ya que no pertenece propiamente al ejército, sino al SIS.

—Oh, Dios mío, esto parece el juego de las siglas. Supongo que ahora debo preguntar qué significa SIS.

—Pregúntelo.

—¿Qué significa SIS?

—Servicio de Información y Seguridad. Del UWA, naturalmente.

—Ya. ¿Todavía no puedo saber adónde vamos?

—Todavía no. Lo siento.

Dusko caminaba con una energía y una precisión admirablemente militar, y tenían que apretar el paso para no quedar rezagados. Dusko era un hombre alto, macizo, de más de metro noventa de estatura, de una envergadura de hombros impresionante, y dotado de una notable cabeza esférica rematada por una cortísima cabellera recortada a cepillo. Sus ojos, grandes y azules, suavizaban un poco la energía de sus rasgos faciales. Llevaba la maleta de Ophelia como si se tratase de una caja de cerillas.

El helicóptero esperaba en una pista apartada, y, en efecto, no llevaba distintivo militar alguno, sino las siglas reglamentarias de su identificación normal.

—De manera que vamos a Yugoslavia —sorprendió Ophelia a Niko.

—¿Por qué dice eso?

—La identificación del helicóptero es yugoslava.

—¿Cómo lo sabe?

—Caramba —casi rio ella, señalando el aparato—, ¡lo dice ahí!

—No creí que entendiera de estas cosas.

—Escuche, Niko, yo no soy una mujer luchadora, seguramente me pondría a gritar si viese un ratón cerca de mis pies... pero eso no significa que sea una ignorante.

—No he querido decir eso. Simplemente, pocas personas están al

corriente de esta clase de detalles.

—Bueno, pues yo soy una de esas pocas personas. Entonces... ¿vamos a Yugoslavia?

—Más o menos —sonrió Niko—. De momento, voy a permitirme obsequiarla, durante esta última hora de luz diurna, con un bonito viaje sobre el Adriático.

—En fin, ¡adiós, Venecia, adiós! ¡Otra vez será!

Dusko miró a la señorita Saint Cyr con cierta sorpresa matizada de simpatía. Abordaron los tres el helicóptero, Dusko a los mandos, y en cuestión de segundos estaban en el aire. Poco después, Ophelia divisaba Venecia, a la derecha de la ruta del vuelo. A su izquierda, y hacia el Sur, los casi seiscientos kilómetros de costa yugoslava.

De cuando en cuando Niko y Dusko cambiaban breves comentarios, en un idioma que Ophelia no entendía. Pero sí estaba entendiendo ya perfectamente que el servicial, enamorado y peligroso Niko Straviros era un hombre que se salía de lo corriente por muchos conceptos. Por supuesto, el idioma en el que hablaban Niko y Dusko era el yugoslavo, y Ophelia se resignó a no enterarse de nada. Era de esperar que oportunamente sería informada de todo... de todo lo que creyeran conveniente que ella supiera, por supuesto.

Una hora más tarde, en efecto, había anochecido. El helicóptero viajaba siempre siguiendo la línea de la costa. Pronto dejaron de verla, y sólo, de cuando en cuando, veían la iluminación de poblaciones costeras. Abajo, en el Adriático, se divisaban ocasionalmente las luces de grandes barcos.

—¿Tardaremos mucho en llegar? —preguntó Ophelia.

—Me temo que todavía un par de horas, Ophelia. Lo siento.

—Deje ya de pedir disculpas, ¿quiere?

—Lamento mucho las incomodidades que está sufriendo. Usted no está acostumbrada.

En la semioscuridad del helicóptero, Ophelia Saint Cyr se quedó mirando atentamente a Niko Straviros.

—De cuando en cuando —murmuró—, va bien sufrir alguna que otra incomodidad, y abandonar el lecho de rosas. Voy a pedirle un favor, Niko: deje de tratarme como si fuese de porcelana.

—No puedo. Para mí usted es lo más exquisito y delicado que he conocido en toda mi vida.

—Sin embargo, me eligió como testigo y reportera de una guerra.

—Por su inteligencia y sensibilidad. Por lo demás, no tema: yo cuidaré de usted siempre. Siempre.

Ophelia movió la cabeza, se acomodó en el asiento, y, apenas un minuto más tarde, para sorpresa de Niko Straviros, estaba dormida.

—Dusko: ella se ha dormido.

—Debe estar muy cansada del viaje, mi coronel.

—Sí, claro, pero... Escucha, Dusko, ella es especial para mí. Verdaderamente especial. Si por cualquier circunstancia ella se alejara de mi protección quiero que tú me sustituyas. Dusko: a esta mujer no debe ocurrirle nada malo. A ella no. ¿Entiendes?

—Sí, mi coronel, pierda cuidado.

—Bien... Bien.

Niko estuvo unos segundos mirando a la señorita Saint Cyr. Luego se volvió, tomó una manta, y la abrigó cuidadosamente con ella. Finalmente, se quedó mirando sus labios, apenas entreabiertos. Titubeó, pero la tentación era demasiado fuerte: bajó su rostro, y posó sus labios sobre los de la señorita Saint Cyr.

—Te amo —susurró luego.

Dos horas más tarde, el helicóptero aterrizó. Niko Straviros sacudió suavemente a Ophelia por un hombro. Ella abrió los ojos, sin sobresalto, lo miró, y se irguió en el asiento. Vio la manta, miró a Niko, y le sonrió.

—Gracias. ¿Ya hemos llegado?

—Así es. Ha dormido usted como una niña.

—Y he soñado con los angelitos —rio Ophelia—. ¡Bueno! ¡Vamos a ver dónde estamos!

—No creo que pueda ver mucho —movió la cabeza Niko.

Saltó del helicóptero, la ayudó a ella tomándola de las manos, y señaló hacia el lugar de donde llegaba el resplandor de luz eléctrica.

—Usted se alojará ahí —dijo.

—¿Y usted?

—Siempre estaré cerca de usted. Dusko, adelántate y sube las cosas de la señorita a su habitación, y ordena que le suban la cena.

—Sí, mi coronel.

El gigantesco Dusko se adelantó fácilmente, con largas zancadas. Tras él, Ophelia y Niko caminaron lentamente, ella mirando a todos

lados. Todo lo que vio, aparte de la casa que tenían enfrente, fue un bosque denso que la rodeaba completamente, dejando una zona despejada de unos setenta u ochenta metros. No se veía nada más, ni había luz alguna en cualquier otra parte... pero, cerca de la linde del bosque, Ophelia percibió en varios puntos el brillo de objetos metálicos.

—¿Hay guardia armada alrededor de la casa? —murmuró.

—En efecto: soldados del UWA.

—Es decir, que hemos llegado a la base, claro. Y no estamos lejos del mar.

—¿Cómo sabe eso?

—Lo huelo. Pinos y mar. O estamos en la costa o estamos en una isla. Hay muchas hermosas islas llenas de pinares en la costa yugoslava. ¿Estamos en una de ellas?

—Sí. La acompañaré a su habitación. Mañana verá usted a Antenor.

—¿Antenor? ¿Quién es?

—El generalísimo del UWA.

Ophelia parpadeó, y eso fue todo. Entraron en la casa, no muy grande, ni lujosa. Era una casa sencilla, de dos pisos, sin decoración y amueblada de un modo casi espartano. Cuando llegaron al dormitorio de Ophelia, ubicado en el primer piso. Dusko salía de él, e informó a Niko de que ya había ordenado que subieran la cena a la señorita Saint Cyr.

El interior de la habitación también era sencillo, pero agradable, todo muy limpio y bien ordenado.

—Hay dos cuartos de baño en el pasillo —dijo Niko—, pero a usted se le ha reservado la única habitación que tiene baño anexo, así que no tendrá que andar por ahí. Junto a la cama tiene un timbre. Si necesita cualquier cosa púselo.

—Creí que cenaría usted conmigo.

—Me gustaría, pero no puedo, porque debo ver a Antenor y pasarle directamente la información de lo ocurrido en Nueva York y el resto del viaje. Así, él podrá reflexionar sobre ello esta noche, y mañana, cuando la reciba a usted, ya habrá tomado decisiones. Buenas noches, Ophelia.

—Buenas noches. Y gracias por todo, Niko.

Él se quedó mirándola a los ojos. Despacio, la tomó por los

brazos, la atrajo, y la besó en la boca, sin que ella opusiera resistencia ni colaborase.

Niko la apartó, y preguntó:

—¿La he molestado?

—No.

Un destello de alegría apareció en los ojos de Niko Straviros. Dio media vuelta y abandonó la habitación. Ophelia Saint Cyr puso sus cosas en el armario, examinó el rústico cuarto de baño, y finalmente, tras hacer unos cálculos mentales, puso su reloj con la hora de Yugoslavia: las diez y cuarto de la noche, si no se equivocaba.

A las once y media, la señorita Saint Cyr apagaba la luz de su dormitorio y se disponía a dormir, lo que no le costó mucho, pese al par de horas dormidas en el helicóptero. Una persona desconfiada habría pensado que la señorita Saint Cyr no había dormido en el helicóptero, que quizá lo había simulado nada más. Pero nadie parecía desconfiar allí de la inofensiva señorita Saint Cyr, todo eran atenciones y facilidades.

Así que, ahora sí, la señorita Saint Cyr se durmió.

* * *

LA despertó el toque de corneta.

Simplemente, Ophelia abrió los ojos, estuvo unos segundos mirando el blanco techo, y luego desvió la mirada hacia la ventana, en la que resplandecía la luz del amanecer. El toque de corneta era lejano, pero perfectamente audible para ella. Naturalmente; era diana, aunque no la diana yugoslava, ni de ningún otro país, que ella supiera. Es decir, que era la diana del UWA.

No oyó nada más. Sólo el toque.

Ophelia se duchó, se vistió, y poco después salía de la casa, al radiante sol, bajo un cielo nítidamente azul. Ciertamente, toda la casa estaba rodeada de bosque, y en la linde se veían algunos soldados, efectuando su ronda de vigilancia fusil al hombro.

Lo que ignoraba la señorita Saint Cyr era que, desde una ventana de la casa, dos hombres la estaban observando. Uno de ellos, Niko Straviros. El otro era un hombre de unos sesenta años, de mediana estatura, delgadísimo, de carnes que parecían transparentes. En su chupado rostro destacaban fuertemente los pómulos y los huesos frontales. Sus ojos eran de un azul tan claro que parecían de agua. Sus cabellos, de un gris blanquecino, eran abundantes, y caían a los lados de su cabeza, largos, separados por la raya en el centro del cráneo. Sus manos parecían de viejo marfil. Vestía un uniforme militar de tono verdoso en el que, por todo distintivo, había un rombo rojo en las hombreras de sencilla tela.

Este hombre era Antenor, el generalísimo del UWA.

—Es muy madrugadora —murmuró Antenor.

—Ella es excepcional, mi general.

—¿Lo suficiente como para soportar las presiones a que será sometida aquí?

—Bueno... Las soportará, sin la menor duda. Pero la impresionarán mucho. Y de eso se trata, ¿no es cierto? Ella verá lo que verá, y cuando lo escriba pondrá el alma en ello. Estoy convencido de que realizará su trabajo a la perfección.

—Esperémoslo así. Llévala a mí despacho a las nueve.

—Sí, mi general.

—Hasta entonces, prepáralo todo para la ejecución.

—Sí, mi general.

Niko Straviros abandonó la habitación de Antenor, y éste volvió a mirar a la periodista americana, que paseaba lentamente mirando a todos lados, pero sin la menor intención aparente de acercarse al cinturón de soldados del bosque.

«No parece asustada ni impresionada —pensó Antenor—. Quizá Niko esté en lo cierto a pesar de su apasionamiento, y esa mujer sea excepcional.»

CAPÍTULO IV

A las nueve en punto, Niko Straviros introdujo en el despacho de Antenor a la señorita Saint Cyr. Un despacho de lo más simple y sencillo. Tras la mesa, Antenor miró a Ophelia, y se puso en pie.

—Señorita Saint Cyr, buenos días. Es un placer conocerla.

—Muy amable —se acercó Ophelia, mirando con inocultable curiosidad al generalísimo del UWA—. Niko me ha indicado que debo llamarlo simplemente Antenor.

—En efecto. ¿Quiere sentarse, por favor? Espero que haya descansado a su gusto, y que la estén atendiendo bien.

—No tengo ninguna queja en ningún sentido —dijo Ophelia, sentándose—. Al contrario, sólo recibo atenciones y amabilidades. Especialmente por parte del coronel Straviros.

—Me alegra oír eso. Puede fumar, si lo desea.

Empujó una caja de cigarrillos yugoslavos hacia Ophelia, que encendió uno y se quedó mirando al insólito personaje. Este escrutaba a su vez el rostro de la periodista, en especial los ojos, pero no pudo encontrar en ellos información alguna respecto a los pensamientos de la señorita Saint Cyr.

—Ante todo, debo pedirle disculpas por las molestias del viaje, y, especialmente, por lo ocurrido en Nueva York. Afortunadamente, el coronel Straviros no tiene dificultades para resolver esa clase de problemas. Espero que esté usted bien y dispuesta a trabajar.

—Estoy perfectamente, gracias. Y deseando ponerme a trabajar cuando antes.

—Bien. En esta guerra en la que usted va a ser...

—Perdone. ¿Qué guerra?

—La guerra del UWA contra la MO, señorita Saint Cyr. Es una guerra implacable, en la que, como iba a decir, usted va a ser la corresponsal única y excepcional.

—Ah. ¿Debo entender que ésta es una guerra... formal?

—Con todas las consecuencias de una guerra.

—Es decir, la guerra en serio.

—Más adelante comprenderá usted el significado exacto de esas palabras. Podría explicárselo ahora mismo, pero prefiero que sea su sensibilidad la que lo capte, sin explicaciones por parte de nadie.

—Me parece bien. Así que, se trata de una guerra con muertos.

—Inevitablemente. ¿Está asustada?

—Por supuesto.

—Sí, es lógico. ¿Teme por su vida?

—Francamente, pienso que la vida es algo demasiado hermosa para perderla por algo que no valga la pena. Incluso valiendo la pena, si es que hay algo por lo que valga la pena morir, habría que pensárselo mucho, ¿no le parece?

—Es usted muy sensata. Y su apego a la vida es normal. De todos modos, puedo garantizarle que usted no va a sufrir daño alguno.

—Tal vez usted ignora que muchos corresponsales mueren en los campos de batalla, Antenor.

—Ese no será su caso. Usted oiga, vea y escriba, y no se preocupe por nada. También se le va a facilitar una cámara fotográfica excelente, con la que podrá tomar fotografías incluso en la oscuridad, en las condiciones más difíciles. Naturalmente, si en algún momento usted no se ve capaz de tomar fotografías dispondremos del personal adecuado para ello.

—¿Por qué no he de verme capaz de tomar fotografías?

—Tal vez la impresione demasiado la escena de turno. No olvide que estamos en una guerra.

—No lo olvidaré. ¿Cuándo empiezo?

—Dentro de unos minutos. Presenciará usted una ejecución... y ya tendrá su primer trabajo.

—¿Van a ejecutar a alguien... de verdad?

—Vamos a fusilar a un traidor. Desde el primer momento tiene que entender que está usted del bando de los «buenos», señorita Saint Cyr, así...

—En una guerra no hay buenos ni malos —murmuró Ophelia—: sólo muertos.

—Nosotros somos los buenos, puede creerme. En cuanto a la ejecución de hoy, se la explicaré, excepcionalmente, para que comprenda que no se trata de ninguna arbitrariedad o injusticia. Nosotros, el UWA, estábamos instalados antes en otra base, en Grecia, pero uno de nuestros hombres nos traicionó, facilitando la ubicación de la base a la MO. Las consecuencias fueron terribles: fuimos invadidos, diezmados, y sólo unos pocos pudimos escapar con vida, muchos heridos. Entre ellos —movió la cabeza— el propio coronel Straviros.

Ophelia miró a Niko, que permanecía de pie junto a ella, impávido.

—Lo siento —murmuró.

—Bueno, localizamos al traidor hace poco, con una argucia. Estaba entre los que escapamos, estaba y está aquí, en esta nueva base. Lamentablemente, cuando lo capturamos él ya había delatado a Hugo y Vitalo, a quienes usted conoce como X y Z, y es por eso que la MO, al seguirlos a ellos, pudo localizarla a usted en Nueva York. La habrían matado, y habrían matado también a mis queridos Hugo y Vitalo si Niko no los hubiera prevenido y ayudado a escapar. En estos momentos, Hugo y Vitalo están en Sudamérica, preparando su retorno a la base por caminos de alta seguridad.

Niko vino directamente por usted, para exponerla el menos tiempo posible a los ataques de la MO, la que, por fortuna, no la ha identificado.

—Pero si tiene un traidor aquí, la MO ya sabe dónde están.

—Esta vez no. La declaración del traidor respecto a Hugo y Vitalo fue anterior a nuestro asentamiento en esta base. Una vez aquí, nadie ha podido comunicarse con nadie del exterior, nos hemos asegurado bien de eso. Así que el traidor se encontró incomunicado. El único modo de pasar alguna información era escapando de la base. Nosotros, comprendiendo que el traidor no daría ningún paso en ese sentido salvo que el asunto fuera importantísimo, inventamos una operación terrible contra la MO. Nuestro traidor se enteró, y quiso escapar para informar de dicha operación. Naturalmente, esperábamos eso, y Niko lo cazó cuando se disponía a escapar. Esta mañana va a ser ejecutado. ¿Me he

explicado bien?

—Desde luego. ¿Me esperaban a mí para proceder a la ejecución, a que yo la presenciara para escribir un artículo sobre ella?

—Así es.

—¿Ha pensado usted que si ese artículo se publica con mi nombre la MO sabrá entonces que estoy trabajando con el UWA?

—Cuando ese reportaje se publique, señorita Saint Cyr, ya no quedará de la MO nadie que pueda molestarla a usted. Y si queda alguien, lo último que hará será molestarla, porque eso significaría delatarse como camuflado miembro de la MO que habría escapado de nuestros ataques... y tendría que comprender que no escaparía de nuevo. De modo que no debe usted temer nada en ese sentido.

—Está bien. ¿Cuándo será la ejecución?

—A las diez en punto —Antenor sonrió apenas y por primera vez—. La emplazamos para esa hora porque creíamos que usted se levantaría tarde esta mañana. Nos ha sorprendido gratamente su capacidad de descanso y su temperamento madrugador.

—Cuanto más se madruga más largos son los días de nuestra vida.

—Sí —parpadeó Antenor—. Sin duda, sí. Parece usted una gran entusiasta de la vida.

—¿Conoce usted algo mejor?

Antenor se quedó sin habla, y Niko Straviros rio quedamente, recuperando en el acto su impavidez al captar la mirada que le dirigió Antenor.

—No —dijo por fin el generalísimo—. No conozco nada mejor, por supuesto.

—¿Y la respeta?

—Más que la MO —fue la seca respuesta—. Y usted se convencerá muy pronto de ello. Mientras tanto, creo que cada cual debe limitarse a su trabajo. El coronel Straviros la acompañará. Gracias por su colaboración, señorita Saint Cyr, y sea bien venida a la base del UWA.

—Gracias a usted —murmuró Ophelia, poniéndose en pie, comprendiendo que la entrevista había terminado.

Niko Straviros salió con ella del despacho, y la llevó a un cuarto en la planta baja donde había diversidad de material, incluso armas

de mano: pistolas, fusiles, metralletas, granadas, bayonetas... Niko eligió una cámara fotográfica, cuyo funcionamiento empezó a explicar a Ophelia, pero ésta le atajó diciendo que ya la conocía.

—Aunque quizá sería mejor tomar película en lugar de fotografías —dijo Niko—. ¿Sabría manejar una cámara?

—¿No resultará peligroso para mí? —le miró ella irónicamente.

—No debería burlarse de mí porque me preocupe por usted, Ophelia.

—Niko: ¿qué es todo esto? —murmuró ella.

—Ya lo sabe usted: la guerra en serio.

—¡Oh, vamos...! ¡Por favor, Niko!

—Pídeme lo que quieras, Ophelia —murmuró Niko—. Pero ni aunque me mires así con esos ojos maravillosos conseguirás que te diga lo que Antenor no desea decirte todavía.

—Él me está poniendo a prueba, ¿no es cierto?

—Sí.

—De acuerdo.

Poco después, Niko, Dusko y la señorita Saint Cyr se alejaban de la casa en un jeep, que conducía Dusko. Cruzaron la linde del bosque, y transitaron por un estrecho sendero asimismo vigilado por soldados del UWA, apenas media milla. Al término de este recorrido había una pequeña explanada en la que se divisaban hermosas higueras. Allí había un pelotón de soldados y un oficial, esperando. Amarrado a una de las higueras estaba el hombre que iba a ser ejecutado. Dusko detuvo el jeep bastante cerca de este hombre, y, al mirarlo, la señorita Saint Cyr aspiró hondo y apretó los labios.

El hombre había sido maltratado y torturado hasta unos límites terribles, y colgaba de las ligaduras como si todos sus huesos estuvieran rotos. Su mortecina mirada se posó por un instante en la periodista americana, pero no expresó nada.

Dusko y Niko habían saltado ya del jeep, y el segundo tendía la mano a Ophelia, que reaccionó, se tomó de ella, y saltó a su vez.

—¿Debo tomar fotografías? —murmuró. —Si lo prefieres, yo lo haré.

—No.

El hombre alzó la cabeza débilmente cuando Ophelia comenzó a tomar las fotografías desde distintos ángulos, pero pronto perdió

todo interés. Todo su cuerpo estaba lleno de costras de sangre, cortes, golpes... Tenía la boca machacada y las cejas partidas e inflamadas. Su ropa eran simples pingajos desgarrados y manchados de sangre. El espectáculo era horroroso.

—¿Te encuentras bien? —se inquietó Niko.

—No.

Pese a lo cual, la señorita Saint Cyr tomó todavía tres fotografías más. Luego dejó la cámara en el jeep, y miró a los soldados. Todos ellos eran jóvenes, fuertes, de rostros firmes... que no expresaban nada. El oficial que los mandaba era un joven alto, y elegante pese a la rudeza del basto uniforme del UWA. Su rostro era hermoso e inteligente.

El denso silencio fue roto poco después por la llegada de otro jeep conducido por un soldado y en el que viajaba Antenor. Este se apeó, miró a Niko, que asintió con un gesto, y luego miró al oficial.

—Cúmplase la sentencia —dijo.

El oficial dio una voz de mando, y el pelotón de soldados se colocó adecuadamente. Las voces de «preparen armas» y «apunten» sonaron como trallazos en la quieta mañana soleada...

—¡Fuego!

La descarga sonó como un solo tiro un poco prolongado. Ni una sola bala se perdió, ni una sola bala dejó de dar en el blanco. El cuerpo del hombre, el tórax, se convirtió en una espantosa zona donde parecieron explotar una docena de diminutos volcanes de roja lava, que relució al sol. Aquel guiñapo que había sido un hombre quedó colgando de las ligaduras dejando escapar de su cuerpo chorros de sangre.

Antenor miró a Ophelia, que no se movía. Miró a Niko, y éste recogió la cámara y tomó varias fotografías del hombre ejecutado. Antenor subió a su jeep y se fue. El oficial del pelotón de ejecución dio la orden para que el cadáver fuese enterrado. Niko tomó de un brazo a Ophelia.

—Vámonos —susurró—. Esto ha terminado, Ophelia.

* * *

NIKO STRAVIROS estaba en su habitación, desnudo de cintura para arriba, apretando con los dedos los bordes de la herida que tenía en el costado derecho, cuando sonó la llamada a la puerta.

—Pasa, Dusko —autorizó.

La puerta se abrió, pero Niko no miró hacia allí, y fue con sobresalto, hasta que oyó la voz femenina:

—No soy Dusko. Soy yo, Niko.

Este se volvió hacía ella, pero ocultando con ambas manos el boquete.

Estaba un poco pálido, pero sonrió.

—Hola, Ophelia.

—He terminado el artículo sobre la ejecución, pero no sé a quién debo entregarlo. ¿A ti?

—Sí, está bien. Déjalo sobre la cama. Gracias.

Ophelia dejó las páginas mecanografiadas sobre la cama, se acercó a Niko, y sus manos aferraron las muñecas del hombre. Pero cuando quiso apartar las manos de él no lo consiguió. Le miró a los ojos.

—No voy a desmayarme por ver una herida —susurró.

—Pero no tienes necesidad de verla. Además, es una fea herida que todavía supura.

—Si te estabas haciendo una cura yo puedo ayudarte.

—No... No. Pero te lo agradezco muchísimo.

—No seas absurdo. ¿Es la herida que recibiste en la base de Grecia?

—Sí. No termina de curarse. Para ello tendría que someterme a una intervención quirúrgica que recortase una buena zona de carne alrededor.

—¿Y por qué no lo haces? ¿Acaso no tenemos médico en la base?

—Desde luego que sí, pero he estado demasiado ocupado para perder el tiempo con esta tontería. Tal vez dentro de unos cuantos días me ponga en manos del cirujano, cuando ya todo esté realizado.

—¿Quieres decir cuando yo me haya marchado y ya no tengas que estar pendiente de mí? —sonrió levemente Ophelia.

—Sí.

Ella asintió, y de nuevo intentó separar las muñecas de Niko, que esta vez, aunque de mala gana, cedió. Ophelia se quedó mirando el boquete. ¿Cómo podía un hombre ir por ahí con una herida semejante supurando? Sólo entonces pareció reparar en lo verdaderamente fuerte que era Niko Straviros, en la musculatura que vibraba bajo su piel.

Ophelia procedió a hacer la cura, mientras Niko Straviros permanecía inmóvil como una estatua. Dusko entró cuando estaban en plena cura, se colocó junto a ambos, y se quedó mirando las manos de la periodista. La fortaleza física de ambos hombres era tal que daba la impresión de que podían aplastar a Ophelia entre ellos si juntaban sus cuerpos, que parecían de roca.

—¿No te duele? —preguntó Ophelia.

—Sí. Me duele siempre... Siempre.

—Pues no lo parece. De todos modos, es mejor que duela, pues de lo contrario indicaría una fuerte infección con pérdida de sensibilidad. ¿Por qué no estaba atendiéndote el médico?

—Estaba ocupado.

—Ocupado... ¿con quién?

—Con los prisioneros.

—¿Tenéis prisioneros? —le miró vivamente Ophelia.

—Los hemos hecho esta tarde, mientras tú escribías.

Ophelia no salía de su desconcierto.

—¿Quieres decir que hay gente... o soldados de la MO en la isla?

—Naturalmente. Hay muchos enemigos en la isla. Parece que no has entendido que estás en el campo de batalla, Ophelia.

—No he oído disparos, ni rumor de batalla alguna.

—Los sorprendimos.

Ophelia asintió de nuevo, terminó de limpiar la herida, y colocó sobre ella un doble apósito, que sujetó con tiras de ancho esparadrapo. Dusko dio media vuelta, y salió de la habitación.

—Tu perro guardián se va —rio quedamente Ophelia—: ha estado vigilando mis manos como si temiera que en ellas fuera a aparecer un puñal para clavarlo en tu corazón.

—¿Tú me harías eso? —sonrió Niko.

Ophelia se quedó mirándolo fijamente. Había pasado un día entero con él en Estados Unidos, después de ser secuestrada; habían viajado teniéndolo siempre cerca; llevaba ya un día con él en la base del UWA. Y en este tiempo, para sorpresa suya, se había ido desarrollando en ella un sentimiento de extraño anhelo que ahora, de pronto, estalló como una revelación.

—No —susurró—... No podría hacérselo a nadie... Y menos a ti.

—Ophelia —él la abrazó por la cintura—, si me dices que te has enamorado de mí es posible que me mates de felicidad.

—¡No creo que sea fácil matarte a ti de ninguna manera! —rio ella, poniendo sus manos suavemente sobre las de él—. En cambio sí es fácil enamorarse de ti, Niko... Incluso para mí, que no estoy acostumbrada. Tal vez porque los hombres no se relacionan conmigo con esas intenciones.

—Me pregunto por qué.

—Bueno... No soy una muchacha bonita y encantadora.

—Para los tontos, quizá no. Pero yo no soy tonto, Ophelia. Hay en tus ojos... una belleza que los míos han sabido ver. Esto aparte —Niko la besó en la nariz—, también eres hermosa físicamente. Por ambas cualidades, te amo.

—Creo... que debo marcharme —susurró Ophelia.

Él la miró intensamente. Luego, en silencio, comenzó a quitarle el jersey. Ophelia apretó los brazos contra el cuerpo, pero él insistió suavemente, y, despacio, ella cedió. Niko le quitó el jersey pasándolo por la cabeza, y luego el sujetador. Estuvo unos segundos mirando los espléndidos pechos de la periodista, y luego los besó. Un largo estremecimiento sacudió todo el cuerpo de Ophelia Saint Cyr... Luego, permaneció inmóvil mientras él terminaba de desnudarla. Niko la alzó en brazos, y la llevó a la cama. Cuando la depositó en ésta, Ophelia se abrazó a su cuello.

—Niko —susurró—... Niko, no te burles de mí, no me mientas.

Si sólo deseas mi cuerpo, tómallo, pero no digas que me amas si es mentira.

Niko Straviros se desasíó de sus brazos, terminó de desnudarse, y se tendió a su lado, abrazándola.

—Te amo —susurró.

La besó en la boca, profundamente. Ophelia Saint Cyr se abrazó de nuevo a él, con terrible fuerza. Minutos más tarde, su abrazo era todavía más fuerte, total. Sintiéndose dueña del hombre al que al mismo tiempo se estaba entregando, Ophelia tuvo la sensación de que su vida estaba comenzando en aquel mismo instante, mientras su cuerpo estallaba en el más grandioso placer que jamás había experimentado.

CAPÍTULO V

EL toque de diana del siguiente día despertó a la señorita Saint Cyr en su dormitorio. Abrió los ojos, estuvo unos segundos contemplando la lívida luz del día, y, tras suspirar, decidió seguir durmiendo. Ya no sentía la curiosidad del día anterior por el toque de corneta, y sabía que nada podría hacer por su cuenta. Tenía que esperar.

Volvió a despertar un par de horas más tarde, y entonces sí, se levantó, fue a la ventana, y miró al exterior. Otro espléndido día de sol otoñal.

Veinte minutos más tarde abandonaba su habitación. Bajó a la planta, y allí se encontró al imponente Dusko, que parecía esperar algo. El gigante la miró fijamente, sonrió, y señaló la puerta del despacho.

—El coronel está con Antenor, señorita Saint Cyr, leyendo su artículo de ayer.

—Muy bien. ¿Qué tengo que hacer yo hoy, Dusko? ¿Lo sabe?

—No, yo no. Pero el coronel lo sabrá pronto.

—Me gustaría ver a esos prisioneros que hicieron ayer.

—Estoy seguro de que el coronel la complacerá. Es más, imagino que eso debe formar parte, del trabajo de usted.

—Sí, eso pensé. ¿El coronel ha desayunado ya?

—¡Por supuesto! —exclamó Dusko, sorprendido—. Hace dos horas, como todos nosotros.

—Madrugar es muy sano —sonrió Ophelia—. Voy a la cocina a desayunar. Si sale Niko dígle que estoy allí, por favor.

Dusko asintió, y permaneció en su puesto, a la espera de su

admirado y querido coronel Straviros. En la cocina, donde trabajaban cinco hombres, la señorita Saint Cyr desayunó, negándose a que le sirvieran el desayuno en el salón. Cuando Niko Straviros la fue a buscar la señorita Saint Cyr se había ganado la simpatía de los cocineros, que reían alguna de sus ocurrencias.

Niko se acercó a ella, la abrazó por la cintura, y la besó en los labios.

—Buenos días, cariño —dijo luego—. ¿Has descansado bien?

—Maravillosamente —sonrió Ophelia—. Perdona que no me haya levantado con el toque de diana, pero anoche... me costó mucho dormirme.

—¿Y eso a qué fue debido? —relucieron los ojos de Niko.

—No logro adivinarlo —rio ella.

Llevándola abrazada por la cintura, Niko la sacó de la cocina. En ésta, los cocineros cambiaron sonrisas y miradas maliciosas entre sí, y uno de ellos hizo un gesto harto expresivo respecto a las relaciones que cabían esperar entre un hombre y una mujer.

Afuera, delante de la casa, esperaba Dusko, sentado ante el volante de un jeep, al que Niko ayudó a subir a Ophelia. Luego se sentó a su lado, y Dusko arrancó.

—Me ha dicho Dusko que te gustaría ver a los prisioneros, y hacia allá vamos, porque, en efecto, forma parte de tu trabajo: tendrás que escribir algo sobre ellos.

—¿Qué ha dicho Antenor de mi artículo de ayer?

—Bueno...

—¿No le ha gustado? —le miró vivamente Ophelia.

—Está muy bien escrito, naturalmente. Pero Antenor desea algo un poco más... expresivo. Digamos que esperaba de ti que más horror sobre lo que viste. Ophelia, tienes que escribir de modo que quien lea eso, aun sin ver las fotografías, se sienta profundamente horrorizado.

—¡Pero ése no es mi estilo, Niko!

—Tienes talento suficiente para hacerlo como esperamos. A Antenor le gustaría que, teniendo en cuenta esto, rehicieras ese artículo sobre el fusilamiento.

—Está bien, lo haré. Intentaré adaptarme mejor a vuestros deseos, que empiezo a comprender mejor.

—Gracias, querida.

Niko le puso una mano sobre el muslo, y apretó suavemente. Ophelia le miró, sonrió, y cuando iba a decir algo Dusko ya estaba frenando. Indudablemente, aquel «campo de batalla» era de reducidas dimensiones. Dusko metió el jeep por entre los pinos, conduciendo hábilmente, y llegó así a la casamata construida con piedras que quedaba oculta en el interior del bosquecillo. Una guardia compuesta por cuatro soldados armados de subfusiles y una dotación de granadas de mano efectuaban su ronda en torno a la construcción... Cuando el jeep se detuvo ante ésta, Ophelia ya estaba percibiendo el desagradable olor que llegaba de alguna parte... De la casamata, sin duda alguna.

Niko se apeó de un salto, se volvió hacia Ophelia, y cuando ésta le tendió una mano él sonrió, la tomó por la cintura, y la depositó en tierra, abrazándola un instante y besándola brevemente en la frente... Los dos soldados que había en aquel momento frente a la casamata se quedaron mirando a ambos, inexpresivos. Uno de ellos se apresuró a acudir a una seña de Niko, que señaló la construcción.

—Habrás comprendido ya que es el calabozo —explicó Niko a Ophelia.

—Sí... Sale de ahí un olor nauseabundo, Niko.

—Si crees que no vas a poder soportarlo no entres. Todo lo que quieras preguntarles a los prisioneros puedes hacerlo afuera. Les haremos salir.

—De momento me gustaría verlos ahí dentro. Si tengo que describir el calabozo no tengo más remedio que entrar.

—Sí, pero en cuanto desees salir dímelo.

El soldado del UWA requerido por Niko había abierto la gruesa puerta de carcomida madera que cerraba la construcción, baja y con techado de ramas de pino secas. A ambos lados de la puerta había dos ventanucos provistos de rejas, y por esos ventanucos entraba escasamente la claridad del día en el calabozo del UWA.

Luz suficiente, de todos modos, para que, nada más entrar, Ophelia viera la media docena de hombres sentados en el suelo junto a la pared de enfrente a la entrada. Todos ellos estaban sujetos con cadenas a la pared... El hedor allí dentro era sencillamente insoportable; hedor a deposiciones humanas por encima de cualquier otro.

—Pónganse en pie —ordenó secamente Niko Straviros.

Los seis hombres se apresuraron a obedecer, con gran ruido de cadenas. Tenían los ojos muy abiertos, todos ellos dirigidos hacia Ophelia, que los contemplaba con incredulidad. Efectivamente, aquellos hombres llevaban lo que podía definirse como un uniforme de campaña, y que era simplemente un «mono» de color caqui de lo más basto, pero estaban descalzos, y aunque hubieran llevado el más completo y sofisticado auténtico uniforme militar habrían parecido cualquier cosa menos soldados.

Dos de ellos eran delgados, y de buena estatura; los otros cuatro eran gorditos, y tres llevaban lentes, uno de ellos de gruesos cristales reveladores de avanzada miopía. Ninguno de ellos tenía menos de cincuenta años, y su aspecto y actitud eran sencillamente lastimosos. Cualquier parecido entre estos seis hombres y un soldado habría sido mucho más que simple coincidencia.

—Y manténganse firmes —añadió Niko—: están ante un coronel del UWA, con uniforme o sin uniforme. ¡Dusko!

El gigante entró a toda prisa en el calabozo, cuadrándose.

—¡Mi coronel!

—Colócame bien a estos sacos de basura.

—Sí, mi coronel.

Dusko se acercó a los hombres, y la emprendió con ellos a puntapiés para colocarlos en fila dando frente a los visitantes. Su agresión contra el grupo causó tal pavor en éste que los prisioneros emitieron chillidos que parecían de cerditos asustados. Por fin, a puntapiés y bofetones, Dusko los dejó en una posición y actitud que consideró aceptable, se volvió hacia Niko, y saludó enérgicamente.

—¡Orden cumplida, mi coronel!

Este asintió; y miró a Ophelia, que parecía no enterarse de nada. Pero de pronto, se inclinó, recogió del asqueroso suelo las gafas del miope, y se acercó a éste, que permanecía temblando rígidamente. Cuando la señorita

Saint Cyr se disponía a colocarle las gafas vio las lágrimas que brotaban en silencioso raudal de los ojos del hombre, el cual le dirigió una mirada de un patetismo estremecedor. Ophelia le colocó las gafas, y retrocedió.

—Ahora escuchen esto, cerdos enemigos —dijo Niko Straviros—: tienen ante ustedes a la corresponsal del UWA, y van a contestar a todas sus preguntas. ¿Está claro?

Nadie contestó. Ophelia miró a Niko, y se estremeció al comprobar que ni de lejos parecía el Niko que ella conocía. Su gesto era frío, duro, hostil.

—¿No me han oído? —gritó Niko.

—Sí... ¡Sí, señor! —exclamó con voz chillona uno de ellos.

—¡Sí, coronel! —rectificó airadamente Niko, plantándose ante él

—. ¡Y manténgase firmes!

El hombre quiso erguirse más, pero un tremendo bofetón de Niko lo derribó contra la pared, en la que rebotó como un guiñapo, para caer sobre las deposiciones, donde quedó gimoteando.

—¡Dusko, ponme en pie a ese cerdo!

—¡A la orden, mi coronel!

De dos puntapiés y tres bofetones escalofriantes Dusko colocó al hombre de nuevo en la fila, sin hacer caso a sus iniciales gimoteos que se convirtieron en tremolante llanto enseguida. Se quedó temblando y soltando lagrimones, mientras los demás permanecían tan rígidos que parecían a punto de romperse... Ophelia miraba los pies de los prisioneros, hundidos en orines y excrementos.

—Un solo gesto que me desagrade por parte de cualquiera de ustedes y todos serán ahorcados —dijo Niko—. ¿Me han comprendido?

—Sí... coronel —gimió uno de los prisioneros.

—¿Qué dice?

—¡Si, coronel!

—Bien. Atentos a las preguntas —Niko miró cariñosamente a Ophelia—, Cuando gustes, cariño. ¿O prefieres que los saquemos de aquí?

—No —murmuró Ophelia—. Pero me gustaría hablar con ellos a solas, Niko. En vuestra presencia están tan aterrados que sólo harán que tartamudear. Por favor, dejadme a solas con ellos. No podrán agredirme, están encadenados.

—De acuerdo —sonrió Niko Straviros—. Salgamos, Dusko.

Ophelia Saint Cyr quedó a solas con los prisioneros, a los que estuvo contemplando unos segundos antes de sonreír amablemente.

—Relájense. De mí no deben temer malos tratos, sólo soy la... cronista oficial de esta guerra. ¡Todos hablan inglés!

El asentimiento fue general, con murmullos y gestos. Ophelia se acercó un poco más a los prisioneros.

—¿Cuál de ustedes es el militar de mayor graduación? —inquirió.

—No... no somos militares ninguno... ¡No somos militares, todo esto es una locura, ustedes están todos locos, locos...!

—Tranquilícese. ¿Y cómo debo entender eso de que no son militares? Todos ustedes visten uniforme, han sido apresados por el UWA, con el cual están en guerra... ¿No es así?

—¡No! ¡Están todos locos!

—Si no son ustedes militares... ¿qué son, y qué hacen en esta guerra?

—Pero... ¿de qué guerra está usted hablando? —gimió otro—. ¡No somos soldados, no sabemos nada de esta guerra!

—Sin embargo, están o estaban ustedes en el campo de batalla, ¿no es así? De otro modo no habrían sido hechos prisioneros.

—¿Prisioneros? —sollozó el miope—. ¡Hemos sido secuestrados, y no en este lugar, sino lejos de aquí! Luego, nos... nos quitaron todo, nos dieron estas ropas, y nos... nos soltaron en el bosque como... como si fuésemos piezas de caza... ¡Oh, Dios mío!

—¿Ni siquiera saben ustedes dónde están?

—No... Bueno, creemos que estamos en una isla, eso es todo... ¡Nos secuestraron y nos trajeron aquí! Nos dijeron... nos dijeron que habíamos sido... reclutados como soldados, que la patria... la patria nos necesitaba...

—¿Qué patria? ¿De dónde es usted?

—Soy holandés.

—¿Y los demás?

Embarulladamente, todos fueron contestando. Ophelia sacó finalmente en claro que, además del holandés, había un francés, dos británicos, un alemán y un italiano. Ahora hablaban todos a la vez, cada vez más excitados, y Ophelia no tuvo más remedio que pedir silencio para poner orden.

—Si hablan todos a la vez no nos entenderemos. Veamos entonces: ¿cada uno de ustedes debe defender su patria, y por eso fueron reclutados?

—Pero... ¿qué hay que defender? —chilló el italiano—. ¡No hay guerra alguna, no pasa nada en Italia!

Los demás comenzaron a gritar que tampoco pasaba nada en sus respectivos países, y Ophelia tuvo que poner orden de nuevo.

—Como sea —dijo suavemente—, yo tengo entendido que ustedes fueron reclutados para formar parte de la MO, es decir, la *Master Organization*, que es enemiga del UWA. ¿De acuerdo? Y ahora, dígame: ¿qué es exactamente la *Master Organization*?

El silencio fue tan súbito y completo de golpe que la sorprendió. Fue mirando de uno a otro hombre, y todos desviaron la mirada.

—Tal vez no hayan entendido mi pregunta —susurró Ophelia—: ¿qué es exactamente la *Master Organization*, y en qué forma son ustedes componentes de ella?

Silencio absoluto.

—Bien, digan algo —Ophelia continuó mirando de uno a otro hombre—. Digan cualquier cosa, sigan protestando, gritando, llorando. Francamente, no comprendo la actitud de ustedes ahora. ¿Qué les pasa? ¿Creían que yo no había oído hablar de la MO, siendo como soy la corresponsal del UWA? Eso sería absurdo. He oído hablar de la MO, y todo lo que les pido es que me den su versión sobre ella... ¿Qué es la MO?

Ninguna reacción. Ophelia estuvo esperando en vano durante más de un minuto. Por fin, asintió con un gesto.

—En principio, no deseo hacerles mal alguno a ustedes —dijo, siempre amablemente—, ni deseo que se lo hagan en exceso. Pero me gustaría obtener respuestas a mis preguntas, así que vamos a hacer un trato: yo diré que con la conversación de hoy he tenido suficiente, y que mañana volveré a hablar con ustedes. Si mañana se muestran más comunicativos, bien; si no, simplemente le diré al coronel Stravios que ustedes no quieren facilitarme mi trabajo... y me temo que el coronel se va a enfadar muchísimo. Señores: buenos días.

Al salir del calabozo, Ophelia respiró ávidamente el aire puro, alejándose cuanto pudo del hediondo lugar. Niko, que estaba fumando junto al jeep la siguió, y se quedó mirándola interrogante.

—¿Cómo ha sido eso? —preguntó—. ¿Has conseguido información para tu siguiente trabajo?

—El suficiente para dedicarme el resto del día a reflexionar y tomar algunas notas. Están demasiado asustados, así que volveré mañana.

—Te conozco bien —sonrió Niko—. No han querido colaborar, ¿verdad?

—Niko, voy a rogarte que dejes tranquilos a esos hombres hasta mañana. Y eso, porque no quiero comentar contigo lo absurdo de este asunto.

—¿Absurdo?

—No hay nada que puedan decirme ellos que no puedas decirme tú mismo. ¿Por qué no lo haces, y me evitas volver ahí dentro?

—Deseo hacerlo, Ophelia —murmuró Niko—, pero Antenor quiere que tú vayas sabiendo las cosas sobre el terreno, con las explicaciones de los prisioneros.

—¿Por qué?

—Antenor está convencido de que si te enteras de todo por medio de ellos quedarás más convencida de todo esto que si te lo explicamos nosotros mismos.

—Tal vez, pero... ¿no podrías desobedecer discretamente a Antenor y explicarme tú lo que sucede?

—No me pidas eso, Ophelia —susurró Niko Straviros—. Te amo, haría cualquier cosa por ti, pero la razón está de parte de Antenor, de parte nuestra, y quiero que lo vayas comprendiendo por ti misma. Él tiene razón en eso... y en todo. Lamento que tengas que volver mañana aquí, pero...

—Está bien. ¿Cuál es el resto del programa para el día de hoy?

Niko Straviros titubeó un par de segundos.

—Bueno, estamos acorralando a unos cuantos soldados enemigos en una colina boscosa, y esperamos tenerlos bien localizados poco antes del mediodía. Por supuesto, se entablará una pequeña batalla, y tal vez será conveniente que la presenciaras.

—¿Conveniente? ¡Yo diría que es necesario! Pero —hubo un destello como irónico en los ojos de Ophelia—. ¿No podría ser peligroso para mí?

—Si fuese peligroso para ti no te llevarla allá, Ophelia.

—Ya me parecía. Sin embargo, cualquier batalla es peligrosa para los que están cerca de ella, ¿no? Una bala perdida, una granada...

—No habrá peligro alguno para ti.

—En ese caso, iré.

* * *

A las once y treinta y dos minutos en el reloj de la señorita Saint Cyr, el cerco en torno al bosquecillo que remataba una pequeña colina había sido cerrado completamente por los soldados del UWA, que trepaban arrastrándose por entre los pinos colina arriba. En el interior del bosquecillo parecía no haber nadie. A lo lejos, se veía el mar, intensamente azul. En el jeep, Ophelia y Niko, ambos provistos de prismáticos, esperaban el momento de la batalla, a distancia prudencial. Dusko permanecía como una estatua ante el volante.

Se oyó un disparo, de pronto, y enseguida varios más. Ophelia se apresuró a mirar con los prismáticos hacia la colina. Los soldados del UWA, en perfecta formación, esperaban, tendidos en el suelo, listas sus armas... Los disparos habían sonado en el interior del bosquecillo, y ahora, en la quieta y soleada mañana, en aquel lugar que parecía un mundo aparte, se oían con sorprendente claridad voces humanas, también procedentes del bosquecillo.

Durante unos segundos Ophelia no vio nada más que pinos. Luego, de pronto, dos hombres salieron corriendo de entre los pinos. Su «uniforme» era idéntico al de los prisioneros del UWA. Cada uno de ellos llevaba un fusil en una mano, pero no parecía dispuesto a utilizarlo. Ophelia pudo ver los desencajados rostros de los dos hombres, sus desorbitados ojos; ambos blandían el fusil por encima de sus cabezas, bien alzados los brazos, y gritaban a pleno pulmón que se rendían... Otro enemigo del UWA apareció unos veinte metros a la derecha de los dos primeros, y tras él, otro más.

Todos llevaban en alto su arma, todos gritaban que se rendían...

—Los están empujando desde el otro lado de la colina —explicó necesariamente Niko.

Ophelia no contestó. Miraba los rostros de aquellos hombres,

todos de edad considerable, por completo fuera de la que se considera admisible en soldados corrientes. Uno de ellos, de blancos cabellos, parecía tener incluso más de sesenta y cinco años; era el que había aparecido en último lugar, y parecía al borde del colapso; su rostro se veía casi tan blanco como sus cabellos.

La descarga sobresaltó a Ophelia Saint Cyr. Verdaderamente horrorizada, vio cómo los «soldados» de la MO eran alcanzados por las balas disparadas por los del UWA; los vio saltar grotescamente, oyó sus gritos de agonía, vio las salpicaduras de sangre que relucieron al sol.

Luego, todo quedó en silencio.

Ophelia retiró lentamente los prismáticos, y miró a Niko.

—Según parece —musitó—, tus soldados no han oído que esos enemigos se rendían, Niko.

—Esta es una guerra en serio —replicó Niko Straviros.

Ophelia parpadeó, suspiró, y volvió a utilizar los prismáticos. Los soldados del UWA se erguían ahora, y ascendían hacia la parte de la colina donde yacían los de la MO. Uno de ellos se estaba moviendo... Ophelia le vio colocarse de rodillas, rezumando sangre por varias heridas, y mirar a un lado y a otro como preguntándose qué ocurría; era el gesto más desvalido que la señorita Saint Cyr había visto jamás en un ser humano.

Cerró los ojos, al oír la descarga. Cuando los abrió, el hombre yacía tendido cara al cielo, todavía en su abotargado rostro casi sexagenario aquella expresión de desvalimiento.

Del interior del bosquecillo salieron varios soldados del UWA, todos jóvenes, fuertes, altos, bien equipados. Uno de ellos se acercó a un oficial del cerco de cierre, y hablaron unos segundos. Ophelia Saint Cyr vio a este oficial asentir y recurrir a su *walkie-talkie*. La llamada sonó en el de Niko Straviros.

—Adelante —autorizó éste.

—Mi coronel, toda la patrulla enemiga ha sido exterminada. La zona está limpia.

—Bien. Ordene la retirada, teniente.

—Sí, mi coronel.

Niko cortó la comunicación, y dijo:

—Vámonos, Dusko.

El jeep arrancó. Ophelia prescindió definitivamente de los

prismáticos, y miró hacia el mar. Niko la miró de reojo.

—¿Ningún comentario? —preguntó.

—Sólo una pregunta —le miró Ophelia—. ¿Debo escribirlo todo tal como lo he visto?

—Naturalmente. Para eso te he traído aquí. ¿De qué otro modo podrías escribirlo?

—Quiero dar la vuelta, quiero ir allá a ver una cosa... a comprobar algo.

—Dusko, regresa.

—Sí, mi coronel.

Dusko maniobró en el estrecho sendero hasta enfilear el vehículo de regreso a la colina boscosa. Por petición de Ophelia, llegó todo lo cerca que pudo del lugar donde yacían los cuatro hombres muertos, ahora desoladoramente solos en la colina. Los soldados del UWA habían desaparecido de modo que, evidentemente, no tenían intención de enterrar los cadáveres de sus enemigos.

—No hace falta que me acompañes —dijo Ophelia, saltando del jeep.

Se dirigió resueltamente colina arriba. En menos de dos minutos estuvo junto a uno de los soldados de la MO muertos. Muy cerca del casi anciano soldado estaba su fusil. Ophelia lo tomó, alzándolo con toda facilidad. Y no fue ninguna proeza de poderío físico: simplemente, el fusil era de madera, pintado simulando ser auténtico. En otro par de minutos, Ophelia se convenció de que las armas de los otros tres también eran de madera.

Cuando se sentó de nuevo junto a Niko en el jeep, no hizo comentario alguno. Niko escrutó su rostro, pero no consiguió descifrar en él ninguna expresión.

—¿Estás asustada... y horrorizada? —murmuró—. ¿Asqueada, tal vez? ¿Triste, deprimida, angustiada, con ganas de llorar quizá?

—Creo... que de todo un poco —susurró Ophelia.

—Perfecto —dijo Niko Straviros—. Vámonos de aquí, Dusko.

—Sí, mi coronel.

CAPÍTULO VI

—¿DE manera —murmuró Antenor— que todo esto le parece a usted una sangrienta pantomima y quiere una explicación razonable?

—Así es —asintió Ophelia Saint Cyr.

Estaba sentada frente a Antenor, en el despacho de éste. Junto a ella, de pie, estaba Niko Straviros, que no había sabido negarse a las exigencias de la periodista de ver a Antenor, ante el cual la había llevado. Apoyado con sus colosales hombros en la puerta del despacho estaba Dusko, hermético.

—Muy bien —movió la cabeza Antenor—. Quiere toda la verdad, ¿eh? Pues se la voy a facilitar, jovencita. A fin de cuentas habría tenido que hacerlo más pronto o más tarde, pero habría preferido que fuese viendo más cosas. En fin, se lo explicaré ahora. ¿Quiere saber lo que es la *Master Organization*? Pues, la MO es una organización a la que pertenecen muchos de los más importantes fabricantes de armas de todo el mundo... Hasta no hace mucho, yo formaba parte de la MO, pero un día, mejor dicho, una noche, desperté presa de terribles pesadillas, provocadas por los últimos planes de la MO. ¿De verdad quiere saberlo todo?

—Sí.

—Bien... Bien, bien, bien. Le diré cuáles eran... o son todavía los planes de la MO, y que precisamente yo estoy tratando de desbaratar. Esos planes implican el montaje de una guerra absolutamente mundial, pero no una guerra en la que se disparan por parte de los poderosos unos cuantos proyectiles nucleares y luego se comienza a hablar de la paz bajo nuevas condiciones

internacionales, no... Eso, realmente, y por horroroso que le parezca, no sería nada comparado con la guerra que está preparando la MO.

—¿Quiere decir que puede haber una guerra más horrorosa que la nuclear? —murmuró Ophelia.

—Juzgue usted misma. Con toda seguridad, una guerra nuclear sería rápidamente atajada a fin de proceder a reajustes de los respectivos poderes de las grandes potencias. Habrían muerto unos cuantos millones de personas... Diez, doce, veinte millones, tal vez. No más. Pero la guerra que están tramando los de la MO es más cruel, sería mucho más duradera, y, a la larga, ocasionaría muchos más muertos y destrucción de toda clase. Unos cuantos proyectiles atómicos destruirían otros tantos objetivos de importancia bien localizados, y punto. El resto del mundo no se vería afectado. La MO, que no dispone de miembros que fabriquen armamento nuclear, sino armas convencionales, no desea esa clase de guerra, sino una guerra extendida por todo el planeta y en la que se utilizasen armas convencionales, de las que ellos sí fabrican. Ese tipo de armamento no sofisticado está cayendo en desuso, y, lentamente, va arruinando a los componentes de la MO su no utilización. El gran tinglado eterno de los fabricantes de armas convencionales se está viniendo abajo. ¿Qué idearon entonces los de la MO? Pues, una guerra total, extendida por todo el mundo, pero ladinamente, solapada, surgida aquí y allá, en lugares poco importantes, inicialmente de escaso interés, pero que se iría extendiendo... y siempre utilizando un Departamento de Provocación con expertos que irían incitando esas guerras. Y así, paulatinamente, insensiblemente, primero pequeños países, y luego otros más poderosos, se irían viendo inmersos en esa arcaica guerra tipo Segunda Guerra Mundial en la que irían muriendo millones y millones de personas, pero de modo más cruel. Las bombas nucleares llegan, destruyen en un instante, todo el mundo se vería afectado, todo el mundo se convertiría en un inmenso campo de batalla donde reinaría no sólo la Muerte, sino el hambre, las enfermedades, los saqueos, las matanzas directas de personas contra personas, genocidios sin fin... Ah, pero en esa guerra la MO iría vendiendo sus grandes excedentes de armas almacenadas, y de eso se trata...

—Es imposible que alguien pueda organizar una cosa así en todo el mundo —murmuró Ophelia.

—¿Imposible? No para la MO, jovencita. La MO tiene asociados en todo el mundo dispuestos a dejar de empobrecerse camino de la ruina y pasar a un enriquecimiento súbito. En todo el mundo hay miembros de la MO: en Estados Unidos, en Francia, Alemania, Rusia, Japón, China... ¡En todo el mundo! Secretamente, todos esos fabricantes de armas se han ido agrupando y poniendo de acuerdo bajo la dirección de *Three*, y si ellos quieren hacer eso podrán hacerlo.

—¿Quién es *Three*?

—*Three*, como su nombre indica, son tres. Tres hombres, tres cerebros que, juntos, componen el más escalofriante conjunto pensante para las guerras. Ellos están dirigiendo la MO, ellos han tramado este plan... y ellos son mi objetivo final. Sé que si los cazo a ellos el plan criminal habrá terminado, pues naturalmente, los eliminaré. Y muertos ellos, se lo aseguro, la MO deberá abandonar ese plan y ceñirse, como ha estado haciendo hasta ahora, a provocar ridículas semiguerritas que simplemente los van manteniendo económicamente a flote. Cuando yo elimine a *Three* todo esto habrá terminado.

—Pero entonces... ¿por qué no ha ido a por ellos directamente en lugar de llenar esta isla de desgraciados armados con fusiles de madera?

—Porque no sé quiénes son esos tres. Yo no era de los «importantes» en la MO, de modo que sólo conocía a algunos como yo mismo, Y a éstos he ido capturando y trayendo aquí, hasta que por medio de ellos consiga la información suficiente para llegar a *Three* o a algún miembro más importante de la MO que pueda decirme quiénes son *Three*. Mientras tanto, les estoy dando a mis... invitados una buena ración de su propia medicina, como suele decirse. Ellos se han pasado la vida provocando guerras, y he querido que sepan lo que son las guerras en serio. Hasta ahora, ellos han provocado las guerras, y mientras en rincones del mundo la gente se mataba con sus armas, ellos permanecían en sus lujosas mansiones, en sus confortables ambientes, ricos y poderosos, disfrutando de la vida. Para ellos, la guerra era un negocio que les parecía... una broma. Pero no lo es, ¿verdad?

—No —musitó Ophelia—. No lo es.

—Por eso están aquí. Por eso les he dado fusiles de madera, que es igual que nada, ¿Qué tienen los hombres engañados de todo el mundo que se ponen a guerrear? ¿Fusiles de verdad? Eso no es nada, es sólo una ilusión absurda, pues tengan las armas qué tengan tarde o temprano mueren a manos de otros. Esos fusiles no salvan sus vidas, sólo les sirven para destruir otras vidas... Y mientras tanto, unos y otros son fusilados, masacrados, diezmados por la enfermedad, el hambre y las miserias de todas clases. Eso es lo que quiero que aprendan mis invitados a esta guerra en serio, y para ello les he traído aquí. Los voy matando, que es lo que se merecen, y voy filmando sus muertes, y ahora les enviaré, por medio del talento periodístico de usted, crónicas de guerra en serio a los que todavía no he podido atrapar, para que se enteren. Incluso, tengo en proyecto dejar en libertad a algunos, tras hacerles pasar todas las atrocidades de la guerra, para que expliquen a los miembros de la MO cómo son de verdad las cosas que ellos provocan. Pero antes tenemos todavía mucho trabajo por delante, no estoy satisfecho con lo que estoy haciendo ahora.

—¿Qué más piensa hacer?

—En esta guerra en serio, solamente sufren los afectados directamente, los miembros de la MO. Y eso no es suficiente. Mueren ellos, y se acabó. Ah, no, no, no... Estamos haciendo la guerra en serio, ¿no es así? Pues hay que darle más seriedad: en breve, mis hombres capturarán esposas, hijos y otros familiares de miembros de la MO, los traerán aquí, y los someterán a los mismos suplicios que padecen las personas afectadas en todo el mando por las guerras que la MO ha provocado y está provocando. Así, la MO irá recibiendo películas y crónicas respecto al destino y los sufrimientos de sus esposas, hijos y padres, y comprenderán. Comprenderán cómo son las guerras que ellos provocan mientras permanecen en sus reinos de la abundancia y la felicidad conseguida a costa de venta de armas y creación de guerras y guerritas. Y mientras tanto, naturalmente, seguiré buscando a *Three*. ¿Ha comprendido?

—Sí. Y lo que usted pretende es horrible.

—¿No cree usted que esos hombres merecen la muerte?

—Sí... Ellos sí. Pero sus familiares...

—Son todos perros de la misma camada. Dentro de unos años, esos niños que usted intenta proteger ahora, serán los herederos de esas industrias bélicas... y naturalmente, seguirán los pasos de sus mayores. De modo que vamos a darles una lección que no puedan olvidar. Liquidé todos mis negocios, y tengo mucho dinero, que pienso invertir en su totalidad si es necesario en conseguir mi objetivo. Parte de ese dinero, un millón de dólares, será para usted. ¿Tiene algo que oponer?

—Creo... que debo reflexionar sobre esto, Antenor.

—¿Reflexionar? Le suponía una inteligencia y un poder de captación mucho más rápido, francamente. ¿Qué hay que reflexionar? O eliminamos a la MO, o permitimos que ésta siga adelante con sus planes de organizar, lenta, taimada, astutamente, una guerra que se iría extendiendo por todo el mundo. Y no estoy exagerando, ya le digo que sus recursos y contactos son poderosos e insospechados. ¿Reflexionar? Muy bien, reflexione todo cuanto quiera. Y ahora, por favor, retírese. Estoy muy ocupado.

Ophelia, Niko y Dusko abandonaron el despacho. Niko ordenó a Dusko que encargase la cena de Ophelia y la llevase a su dormitorio, pero Ophelia se negó a cenar, asegurando que no sentía el menor apetito, y que todo lo que deseaba era retirarse a su habitación. Niko asintió, y subió con ella. Entraron los dos, y Ophelia se dejó caer en una butaquita, mientras Niko, desde la puerta, la observaba.

—En cuanto a mí —murmuró—, mi verdadero nombre es Nicholas Stranger, y soy norteamericano. Niko Straviros es el nombre que adopté hace años, cuando decidí vivir una gran aventura por el resto de mis días. He hecho muchas cosas, Ophelia, algunas no demasiado buenas, pero cuando Antenor me propuso ayudarle en esto comprendí que había llegado el momento de rectificar, y me convertí en su lugarteniente

—¿Cómo se llama en realidad Antenor?

—Marco Vitorio. Italiano, por supuesto.

—Niko: todo eso que me ha contado él... ¿es cierto?

—Absolutamente.

—Pero... lo que Antenor quiere hacer también es horrible.

—En cierto modo lo es, pero no más horrible que vender armas y provocar guerras sabiendo que miles de niños, mujeres y ancianos

van a morir tras sufrir toda suerte de calamidades y sinsabores.

—Sí, sí, pero... Bueno, creo... que deberíais concentrar todos vuestros esfuerzos en encontrar a *Three* y asunto terminado.

—Si fuese tan fácil como tú parece creer, ya lo habríamos hecho.

—¡Es todo tan... increíble, tan estremecedor!

—Sí, lo es. Pero me alegro de que Antenor te lo haya explicado. No podía soportar que me creyeses cruel, un vulgar asesino de pobres hombres armados de fusiles de madera. Ellos sí son auténticos asesinos, ellos sí tienen lo que merecen: la gran lección de la guerra en serio.

—En ese punto tienes razón, pero no sé... Niko: ¿te importaría dejarme sola? Quiero reflexionar, de verdad.

—Comprendo tu estado de ánimo —murmuró Niko, acercándose; se inclinó y la besó en la frente—. Hasta mañana, mi amor.

Ophelia Saint Cyr quedó sola en su habitación. Se tendió en el lecho, y cerró los ojos. ¿Era verdad todo lo que había dicho Antenor? Había un medio de saberlo: interrogando adecuadamente a los seis prisioneros que yacían entre excrementos en el calabozo del *United World Army*.



NINGUNO de los prisioneros reaccionaba. Permanecían inmóviles, sentados sobre las deposiciones, lívidos al resplandor de la luz solar que se esparcía por el calabozo entrando por los dos ventanucos. De pie ante ellos, la señorita Ophelia Saint Cyr les solicitaba una respuesta con la mirada. Les había dicho lo que sabía, les había preguntado sobre la verdad... y ninguno de aquellos hombres la miraba ahora; Por fin, Ophelia suspiró, y dijo:

—¿De modo que todo es cierto?

No hubo respuesta. Detrás de Ophelia, Niko y Dusko esperaban, ambos imponentes, erguidos, impávidos.

De pronto, uno de los hombres prisioneros alzó la cabeza, miró a Dusko, y murmuró:

—Nunca encontrará mejor ocasión que ésta, Dusko.

Ni Ophelia ni Niko parecieron comprender. Pero si comprendió Dusko, que tras brevísima vacilación, sacó su pistola rápidamente, se acercó a Ophelia, y la abrazó por atrás, colocando la boca de su pistola en su nuca. Ophelia quedó inmóvil, muy abiertos los ojos. Niko Straviros miraba a Dusko como si éste se hubiera vuelto loco... o fuera a volverse loco él.

—Dusko —jadeó—, ¿qué estás haciendo?

—Lo siento mucho, mi coronel, pero a cada cual le llega su oportunidad en la vida.

—¿De qué estás hablando? —casi gritó Niko.

—No se ponga nervioso —sonrió fríamente Dusko—. La explicación es bien sencilla: nuestros prisioneros me han sobornado...

—¡No! —gritó ya Niko Straviros—. ¡No, Dusko, tú no!

—Ya le he dicho que lo siento, mi coronel. Pero así están las

cosas. Es una estupidez pretender vencer a la MO, finalmente seríamos eliminados. Yo he decidido ponerme del lado del vencedor con cinco millones de dólares.

—¡Eres un pobre idiota! —jadeó Niko—. ¿Crees que te van a dar esa cantidad? ¡Todo lo que harán contigo será matarte cuando ya no les seas útil!

—Prefiero correr ese riesgo a esperar el momento en que la MO nos localice y nos masacre, como sucedió en la isla griega. Además, a mí no me matarán, saben que podré serles muy útil en el futuro para sus negocios... ¡No soy tan sentimental como usted, mi coronel!

—¡No me llames mi coronel, cerdo asqueroso! —enrojeció Niko—. ¡No soy nada tuyo! ¡Nada! ¡Y si crees que vais a poder salir de aquí...! ¡Ni aunque me mates conseguiréis...!

—¿Matarlo a usted? —le atajó Dusko—. Eso sería una imbecilidad, mi coronel. ¿Quién contendría a los soldados del UWA si usted moría? Ninguno de ellos se arriesgaría a dejarnos marchar sólo por conservar viva a la señorita Saint Cyr. Pero usted sí nos dejará marchar, ¿no es cierto? Porque si no nos ayuda en esta fuga, mi coronel, le volaré la cabeza a la señorita Saint Cyr, su gran amor de su puerca vida. ¿Me ha comprendido?

Lívido ahora, Niko Straviros tragó saliva, y murmuró:

—Sí... Te he comprendido, hijo de...

—Ahórrese provocaciones. Y ahora, escuche bien esto: va a poner en la puerta tres jeeps, y nosotros y los prisioneros nos iremos hacia el embarcadero. Utilizaremos la lancha grande para escapar, ya que sería imposible que todos cupiéramos en los dos helicópteros. Así que iremos al embarcadero, abordaremos la lancha, y esperaremos allí a que, obedeciendo sus órdenes jamás discutidas, los soldados del UWA dejen de jugar con esos desdichados que corretean como conejos por esas colinas y los lleven también al embarcadero. Una vez todos reunidos, yo me los llevaré, y usted se quedará aquí con ese chiflado del demonio. ¿De acuerdo?

—Está bien. ¿Y en cuanto a Ophelia?

—Vamos, mi coronel... Usted sabe que ella tendrá que venir con nosotros, para evitarle a usted la tentación de salir con los helicópteros en nuestra persecución y hundirnos. Entiéndalo, mi

coronel: cualquier acción agresiva por parte de usted hacia nosotros será tanto como volarle la cabeza a la señorita Saint Cyr, que no se separará de mí ni un segundo.

»Y puesto que todo está entendido, mi coronel, le toca a usted ahora obedecer órdenes. Mis órdenes. Pida esos jeeps, para empezar.

La mirada de Niko Straviros, fija en los ojos de Dusko, era terrible. De pronto, dio media vuelta, y salió del calabozo. Dusko soltó la cintura de Ophelia, que no se movió, y sacó del bolsillo unas llaves, que tiró hacia los prisioneros.

—Empiecen a soltarse —murmuró—. Y no se les ocurra tener ninguna iniciativa, pues podrían echarlo todo a perder. Déjenme hacer a mí, no hagan ni más ni menos que lo que yo les vaya indicando. ¿Está esto claro?

Hubo un excitado murmullo de asentimiento. Ophelia giró lentamente, y miró los ojos de Dusko. Pareció a punto de decir algo, pero desistió. Dusko se limitó a sonreír torcidamente, echando los labios a un lado. Los prisioneros se soltaron rápidamente, de modo que cuando Niko Straviros entró informando que los jeeps estaban ante el calabozo ya habían quedado libres de sus cadenas.

—Le conozco a usted muy bien, mi coronel —dijo Dusko, casi festivamente—, de modo que no vendrá en el jeep conmigo y con la señorita Saint Cyr. Conducirá otro de los jeeps, que irá en cabeza, directo hacia el embarcadero. Si lo tuviese demasiado cerca no estaría tranquilo.

—Dusko —susurró Niko—, si no me matas yo te encontraré.

—Sé que tendría que matarlo —gruñó Dusko—, pero si usted muere los demás nos atacarían, ya se lo he dicho, de modo que tendré que correr también ese riesgo

—Eres un maldito loco traidor e hijoputa, ¿lo sabes?

—Deje de provocarme —sonrió siniestramente Dusko—. Y pongámonos en marcha.

Hacia las tres de la tarde, el último pequeño grupo de «soldados» de la MO recogidos en la isla llegaron al embarcadero, donde se habían reunido todos los soldados del UWA. Por supuesto, Antenor había acudido también, y permanecía inmóvil a una distancia fuera del alcance de posibles disparos por parte de Dusko, único del grupo fugitivo que parecía capaz de utilizar adecuadamente una

verdadera arma. Antenor había hablado con Niko Straviros, y pareció enfurecerse, pero algo le dijo Niko que le convenció de que no debían intentar nada.

—Sé lo que le ha dicho el coronel a Antenor —dijo Dusko a Ophelia—: si él hace algo que ocasione la muerte de usted, el coronel abandonará a Antenor, y éste, sin el coronel, no es nadie a efectos... militares. Lo necesitará para seguir con esto, así que ha tenido que aceptar las condiciones de mi estimado coronel.

—Usted podría matar a ese hombre desde aquí —dijo rabiosamente uno de los liberados prisioneros.

—En cuanto me viese tomar un rifle se pondría a salvo, el coronel le advertiría. Además, no busquemos complicaciones, ¿quieren? ¡Demasiado bien nos está saliendo todo! No me sorprendería que el coronel estuviese tramando algo.

—¡Pues mátelo a él!

—En cuanto Niko Straviros estuviese muerto, se nos echarían todos encima, o nos perseguirían con los helicópteros. Escuche, ya les he explicado todo muy bien, ¿no es cierto? ¡Dejen de fastidiarme!

—¿Qué harán conmigo? —murmuró Ophelia—. ¿Van a matarme?

—Ni mucho menos —saltó el ex prisionero alemán—. ¡Usted va a venir con nosotros para ser sometida a una entrevista muy importante!

El último grupo de prisioneros llegó al embarcadero, y subieron a bordo, todavía incrédulos, temblando, desorbitados los ojos. Sus «monos» de campaña eran simples harapos ya, estaban demacrados, barbudos, totalmente derrotados y como alucinados. No podían creer que su liberación fuese cierta. El conjunto de «combatientes» del MO recogidos en la isla se aproximaba a la veintena, y componían el más patético grupo de seres humanos que Ophelia Saint Cyr había visto en su vida. Solamente dos parecían tener poco más de cuarenta años; los demás tenían más de cincuenta.

Era escalofriante.

—Elijan uno de ustedes para hablar conmigo —dijo Dusko—. Los demás hagan el favor de permanecer callados, no quiero intromisiones ni líos. Y necesito un par más que se vayan relevando a los mandos. ¡No perdamos más tiempo!

La elección de los tres hombres fue rápida. Uno de ellos puso la lancha en marcha, siguiendo las indicaciones de Dusko, y la condujo hacia mar abierto. La isla fue quedando atrás. Junto a la borda, Ophelia Saint Cyr estuvo mirando a Niko Straviros hasta que la distancia lo desvaneció. La isla fue empequeñeciéndose. Ophelia ni siquiera sabía exactamente en qué isla había estado.

Dusko estaba hablando con el hombre seleccionado para entenderse con él.

—Vamos a ir directos hacia Bari, en Italia, adonde llegaremos de noche. Vamos allá porque en Bari hay aeropuerto, y además está en la costa. En esta lancha hay una potente radio, y cuento con ella para la segunda y definitiva fase de la fuga, que deberíamos realizar en avión. Así que pregunte a sus compañeros si alguno de ellos puede ponerse en contacto por radio con algún amigo o empleado italiano que pueda conseguir un avión privado que nos esté esperando en el aeropuerto de Bari. Desde allí, en ese avión, deberemos ir a un lugar seguro, nada de irse cada uno corriendo a su casita, ¿lo entienden? Eso podría ser peligroso, pues Antenor también dispone de radio en la isla, y muy pronto dará órdenes, o quizá ya las ha dado, para que les esperen. Todo lo que podrán hacer será dejar encargado a ese amigo de Italia que llame a sus respectivas familias, los que la tengan, para que se pongan a salvo hasta nuevo aviso. ¿Me ha comprendido?

—Sí, desde luego... Sí.

—Pues háganlo todo como le he dicho, o no respondo de lo que pase. Creo que está bien claro, ¿verdad?

—Sí. Y sé que por lo menos dos de nosotros tienen amigos en Italia que podrán ayudarnos. No vamos a tener ningún problema en conseguir un avión privado.

—Muy bien. Ya sabe lo que tiene que hacer.

El sol de la tarde hacía resplandecer las aguas del Mar Adriático.

CAPÍTULO VII

YA era de noche cuando, finalmente, la lancha llegó a Barí, sin contratiempo de ninguna clase. Ophelia Saint Cyr, que había realizado la mayor parte del viaje en el interior de la lancha, en compañía de la mayor parte de los rescatados miembros de la MO, se había ganado la consideración de éstos haciéndoles curas de emergencia, y contestando sin vacilaciones a todas las preguntas que le hicieron.

La situación por demás insólita de la periodista americana la situó en un plano de casi admiración por parte de los hombres de la MO, que tuvieron que comprender que en ningún momento ella había tenido nada que ver con aquello, sino que había sido una de las piezas utilizadas por Antenor. No obstante esto, la señorita Saint Cyr no dejaba de comprender que su futuro, de estar en manos de aquella gente, no iba a ser ni brillante ni largo. También estaba convencida de que la misma suerte correría Dusko, pero éste no parecía en absoluto preocupado por ello, Indudablemente, el valor de Dusko era algo fuera de lo corriente. Aceptar una situación de tantísimo riesgo lo decía todo respecto al yugoslavo.

Este apareció en el interior de la lancha cuando ya se hubo detenido completamente.

—Aunque ya todos ustedes han sido informados de cómo están las cosas —dijo Dusko—, no estará de más que yo las repita, para seguridad de todos. Tal como uno de ustedes convino por medio de la radio con su amigo italiano, hay varios coches esperando cerca de la playa en la cual hemos varado. En esos coches, por separado y discretamente, nos iremos dirigiendo hacia el aeropuerto, por

separado y con intervalos; los conductores de los automóviles tienen instrucciones al respecto, así que no se le ocurra a ninguno de ustedes darle prisa al que le corresponda: llegarán espaciadamente, por turno. Mientras tanto, entiendo que les han conseguido ropa corriente, que deberán ir poniéndose dentro del coche o en algún lugar intermedio al que posiblemente los lleven. Si alguno no se atiene a estas instrucciones y debido a eso ocurre algún contratiempo, no me culpen a mí. ¿De acuerdo?

El asentimiento fue general, y los miembros del MO, en pequeños grupos, fueron descolgándose al agua desde la lancha, para alcanzar la playa, cerca de la cual, en efecto, estaban los automóviles.

Hacia la una de la madrugada, un magnífico jet privado despegaba del aeropuerto de Bari.

Y todavía no había amanecido cuando llegó a su destino, otro aeropuerto en el cual estaba esperando un autocar en cuyos lados podía leerse el nombre de una empresa francesa destinada al transporte de pasajeros por rutas opcionales. Como quiera que, desde el momento del despegue en Bari, Dusko había sido relevado de la dirección de la fuga por uno de los ex «combatientes», el gigantesco traidor ya no sabía dónde estaba ni adonde se dirigían, si bien, tanto él como Ophelia Saint Cyr comprendieron que se hallaban en Francia.

Casi una hora más tarde, con las primeras luces del día, el autocar llegó a su destino: una zona llana, por la que discurría un río, y cerca del cual divisaron un castillo. Un auténtico castillo de los que todavía quedan en Francia para exótico disfrute de gentes cuyos ingresos sobrepasan los cálculos más ambiciosos.

Los pasajeros se apearon del autocar, y éste, simplemente, desapareció, regresando hacia el Sur. Alrededor del castillo Ophelia Saint Cyr alcanzó a distinguir la presencia de hombres armados, y, al mirar a Dusko, comprendió que también éste los había visto.

Pocos minutos después, los recién llegados eran distribuidos en las habitaciones del castillo, en el que no se veía personal alguno de servicio doméstico, pero sí no menos de una docena de hombres armados, que se pusieron directamente a las órdenes del alemán Albert Heineman, el hombre que había dirigido toda la operación de fuga en combinación con Dusko.

La señorita Ophelia Saint Cyr quedó instalada en una de las habitaciones, sola. Lo último que supo antes de que la puerta se cerrase fue que ante ésta fueron colocados dos de aquellos hombres armados.

* * *

POR la tarde de ese mismo día llegó un discreto automóvil que se detuvo en el patio del castillo. Desde la ventana de su habitación, que daba al patio, Ophelia vio apearse a cinco, hombres, dos de la parte delantera y tres del asiento de atrás. Su atención se concentró en estos tres, hasta que desaparecieron de su ángulo visual.

Una hora después, la puerta de la habitación de la señorita Saint Cyr se abrió, y uno de los hombres armados entró.

—Venga conmigo —dijo.

Sin replicar, Ophelia salió en pos del hombre. Descendieron a la planta, donde había más hombres armados. El que guiaba a Ophelia la condujo hacia una gran doble puerta, que abrió. Ophelia Saint Cyr entró en el amplísimo salón, cuyo mobiliario y decoración expresaban una riqueza fuera de lo corriente.

Todos los miembros que ella conocía de la MO estaban allí, fumando y bebiendo. En sus demacrados rostros quedaban todavía fugaces expresiones de miedo y angustia, pero se iban reponiendo rápidamente. La buena comida, la buena bebida, y la certeza de saberse a salvo de aquella pesadilla que habían vivido les repondrían rápidamente.

Ocupando la presidencia de aquella reunión, sentados juntos en un sofá, había tres hombres que merecieron toda la atención de la señorita Saint Cyr. Impecablemente vestidos, de edad mediana, de miradas penetrantes, rasgos inteligentes, actitud altiva y dura, ellos la miraban a su vez especulativamente.

Ophelia no necesitó ninguna explicación para saber que se hallaba ante *Three*.

—Acérquese, por favor, señorita Saint Cyr —dijo uno de ellos.

Ophelia se acercó, sin expresión alguna en su rostro. A un lado,

vio a Dusko, muy erguido, impenetrable su expresión. Ophelia se detuvo a un par de metros de los tres hombres.

—Sabemos —dijo uno de ellos— que ese chiflado de Vitorio le dio a usted todas las explicaciones referentes a nosotros y la MO, y sabemos también, por medio de Dusko Petrov, todo lo referente a usted, así como su participación en este desquiciado asunto. Lo único que no sabemos es adonde se habrá dirigido ahora Marco Vitorio con su fiel Straviros para reorganizarse y atacar de nuevo...

—¿Quiere decir que ya no están en la isla yugoslava?

—Naturalmente que no —intervino otro *Three*—. Ellos saben que la réplica nuestra no se haría esperar, y debieron apresurarse a desalojar la isla. Nos preguntamos adonde han podido dirigirse ahora para instalarse y preparar nuevas agresiones contra la MO. ¿Quiere usted decírnoslo?

Ophelia quedó atónita.

—¿Yo? —exclamó.

—Creemos que usted lo sabe —intervino el tercer *Three*.

—¡Claro que no! ¿Cómo había de saber semejante cosa?

—Nos ha dicho Dusko Petrov que usted y, ese llamado coronel Straviros intimaron... considerablemente. En esas condiciones, nos atrevemos a presumir que Straviros le contó muchas cosas; incluso algunas que no explicó nunca a Petrov. Una de esas cosas pudo ser la ubicación de una nueva base ya elegida para caso de emergencia.

—Pues lo siento, pero no fue así.

—¿No intimó usted con Straviros?

—Hasta cierto punto —murmuró Ophelia—. No tanto que él me contara tantas cosas como ustedes querrían saber. Por si Dusko no les ha informado de eso les diré que Niko Straviros no es un hombre fácil de manejar.

—¿Usted cree? Sin embargo, Dusko Petrov lo manejó muy bien utilizándola a usted. Petrov asegura que Straviros está loco por usted. ¿Eso es cierto?

—Loco, no sé. Me dijo que me amaba, eso sí.

—¿Y no le explicó a usted cosas especiales sobre el UWA?

—No. Es decir, hablamos varias veces de todo esto, pero le repito que nunca me habló de ninguna nueva base.

—¿Está usted asustada, señorita Saint Cyr?

—Por supuesto.

—Pues no lo parece.

—Tengo edad suficiente para conseguir controlarme bastante, señor. De todos modos, si lo desea puedo echarme a llorar. Es lo único que puedo hacer, realmente, en mi situación... Porque ustedes van a matarme, ¿no es así?

—Usted ha sido una persona considerada con nuestros amigos —dijo otro de los *Three*—, y no somos tan torpes como para dejar de comprender que su intervención en esto no ha sido personal, sino impulsada por circunstancias especiales. Todavía nadie ha pensado en matarla, créame.

—Entonces, ¿qué van a hacer conmigo?

—Tendremos que pensar en ello. El hecho de que Niko Straviros la eligiera nos hace suponer que es usted persona de una categoría interesante. Nos cercioraremos de ello antes de tomar una decisión.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que cuando lo sepamos todo sobre usted realizando nuestras propias investigaciones en Estados Unidos tomaremos esa decisión. Tal vez, si realmente es usted persona de suficiente categoría, le ofreceremos un puesto adecuado a sus posibilidades en la MO. ¿Le agradaría eso a usted?

—Más que morir, sí.

—Pero no le gustamos, ¿verdad?

Ophelia se pasó la lengua por los labios.

—La verdad es que no mucho, si todo lo que me contó Antenor es cierto. ¿Lo es?

—Por supuesto. Y ese chiflado hijo de perra estuvo mucho tiempo formando parte de nuestra organización, así que no es mucho mejor que nosotros.

—Un poco, sí —murmuró Ophelia—. Al menos, él ha rectificado.

—¿Se da usted cuenta de que nos está enfrentando?

—No creo que comportarme hipócritamente altere la decisión que ustedes tomen sobre mí. Y en cualquier caso, ya les he dicho que antes que morir aceptaré trabajar para ustedes.

—Dudo mucho que lleguemos a necesitar jamás una persona de tantos escrúpulos como usted. Puede retirarse.

La mirada de Ophelia Saint Cyr fue lentamente de uno a otro hombre. Luego, como si hubiera fotografiado a los tres, dio media

vuelta y se dirigió hacia la puerta. Cuando ésta se cerró tras ella, todas las miradas recayeron en Dusko, que se dio cuenta y se movió inquieto.

—Estoy seguro de que ella ha mentido —gruñó—: el coronel tuvo que decirle muchas cosas, muchas. ¡Les digo que está loco por ella!

—Incluso eso nos parece sorprendente —dijo uno de los *Three*—, pero sea como fuere, ella no sabe nada, así que de nuevo hemos perdido la pista de Marco Vitorio y ese peligroso lugarteniente. Estamos como hace meses: pendientes de los nuevos ataques del UWA. Es una situación insostenible para muchos de nosotros, Petrov.

—Todo eso no es culpa mía, y lo cierto es que les he ayudado, ¿no? Y todavía puedo ayudarles más. ¡Les juro que esa mujer ha mentido! Sólo había que ver al coronel cuando estaba con ella para comprender que le habría entregado su alma si ella se la hubiera pedido. Y es una mujer muy inteligente, se lo aseguro... Tan inteligente, que no tengo la menor duda de que se las arregló para sacarle muchas cosas al coronel.

—Si tan seguro está de eso no va a quedarnos más remedio que mostrarnos desagradables con la señorita Saint Cyr, dejando de lado entrevistas absurdas como ésta.

—Quizá yo podría engañarla —murmuró Dusko.

—¿Sí? ¿Cómo? Si tan inteligente es no le será fácil.

—Pero no perdemos nada intentándolo. Yo podría decirle...



TENDIDA en la cama, la señorita Saint Cyr permanecía despierta. La luz de la habitación estaba apagada. No se oía sonido alguno en el castillo.

Y parecía que este silencio fuese a ser eterno cuando de pronto, fuera de la habitación, en el pasillo, se oyó primero un rumor y luego una exclamación, acto seguido un golpe contra la puerta... Y de nuevo quedó todo en silencio.

Ophelia Saint Cyr se sentó en el borde de la cama, y se quedó mirando la puerta, que se abrió, dejando paso a Dusko, cuya gigantesca figura se distinguía perfectamente al resplandor de las estrellas que llegaba desde la ventana,

Ophelia se puso en pie y acudió a su encuentro.

—De modo que lo ha conseguido —murmuró.

—Seguramente son demasiado listos para mí —susurró Dusko—, y nos están tendiendo una trampa a los dos, pero aceptaron mi plan de decirle a usted que estoy arrepentido de mi traición y que quiero ayudarla a escapar, con el fin de engañarla hasta que finalmente confíe en mí y me diga dónde instalará la nueva base el UWA. Como sea, podemos seguir adelante.

—¿Qué ha pasado ahí fuera?

—Yo debía simular una breve pelea con su guardián, pero lo cierto es que le he dado fuerte. Ya no tenemos que andar con comedias: sabemos que *Three* está aquí, de modo que avisamos al coronel y en paz. En cuanto a usted, ya sabe bajo qué condiciones aceptó el coronel su intervención en esto, de modo que cúmplalas. ¿Ha encontrado el sitio adecuado para esconderse?

—Sí, pero no me parece muy airoso, Dusko.

—Déjese de tonterías. Esto es una guerra, no un juego de salón:

hay que ir a lo práctico. ¿Dónde va a esconderse?

—El mejor sitio es debajo de la cama.

Dusko quedó pasmado un instante. Acto seguido soltó una risita, y asintió.

—De acuerdo. ¡Y no se mueva de ahí! Dentro de poco este castillo se va a convertir en un infierno. ¡Vamos, escóndase!

Ophelia cumplió su parte del pacto hecho con Niko Straviros. Este y Anterior habían estado estudiando el modo de llegar cuanto antes a *Three*, y en principio se había pensado simular una traición del propio Niko, pero fue desechada, porque la MO no la habría creído de ninguna manera. Dusko se ofreció entonces como «traidor» al UWA, pero tampoco habría sido creíble que él solo consiguiera liberar a los prisioneros y escapar con ellos. Fue la propia Ophelia quien sugirió que la utilizase a ella para coaccionar a Niko y que todo fuese creíble en muy buena medida. Niko se negó en redondo a ello, pero entre Antenor. Dusko y la propia Ophelia terminaron por convencerlo... siempre y cuando, al llegar el momento crucial, Ophelia estuviera a salvo en el momento en que Niko se dispusiera a lanzar la bengala.

Bengala que Dusko había llevado en todo momento escondida dentro de un calcetín y sujeta a la pantorrilla, metida ya dentro de un tubo especial disparador, y que indicaría al UWA que el momento del ataque había llegado.

Ophelia se estremeció, ya bajo la cama. ¿Y si Niko no había conseguido realizar su parte del plan, y si no había conseguido llegar hasta el castillo? Todo había sido muy bien planeado con anterioridad a la «traición» de Dusko: éste llevaría la lancha a cierta playa cercana a Bari, donde ya estaría Niko y varios de sus hombres. Desde allí, irían al aeropuerto, donde tras identificar el avión que debía recoger a los fugados, colocarían en su fuselaje un potente emisor por medio del cual podrían rastrearlo utilizando otro avión, del UWA. Seguir al autocar posteriormente, utilizando un coche de alquiler, habría sido todavía menos complicado, y, finalmente, habían dispuesto del tiempo suficiente para concretar en los alrededores del castillo la totalidad de soldados del UWA que debían estar esperando, al mando de Niko Straviros.

Pero... ¿y si algo había fallado?

Bien, si algo había fallado, simplemente ella y Dusko estaban

perdidos.

Y mientras Ophelia pensaba y dudaba, Dusko había desenrollado la cuerda que llevaba en la cintura, y tras sujetarla a un lado de la ventana, se dispuso a deslizarse por ella hasta el patio. Cuando entraran en la habitación de Ophelia, y viesan la ventana abierta, y la cuerda, creerían que ella y Dusko habían bajado por allí. Y si ya las cosas se habían puesto mal donde menos se les ocurriría buscar a la señorita Saint Cyr sería bajo la cama de su habitación.

Dusko Petrov se agarró a la cuerda, y enseguida, con toda facilidad, se descolgó por ella hasta el suelo. Ningún problema. Dusko se alejó entre las sombras, pensando ya en lanzar la bengala. Pero entonces, todavía tuvo una idea propia que le pareció formidable: ¿y si en lugar de limitarse a lanzar la bengala intentase abrirles a sus compañeros del UWA la gran puerta principal del castillo?

CAPÍTULO VIII

EN la oscuridad del bosque, muy cerca de la linde, el coronel Niko Straviros esperaba. Su aproximación, dirigiendo a sus soldados utilizando *walkie-talkies*, habla sido perfecta, y ahora, todos los hombres que vigilaban fuera del castillo estaban bajo el control de las armas del UWA. A una orden de Niko sus soldados dispararían, y todos los vigilantes serían abatidos simultáneamente, salvo algún que otro presumible, pero insignificante fallo, que sería enmendado resueltamente. Niko no pensaba tener compasión alguna: sabía que se enfrentaba a criminales de diversas categorías, cada uno de los cuales merecía más de una muerte.

Así que la idea de organizar una escabechina en el castillo ni por asomo inquietaba su conciencia: sería como utilizar DDT en una plantación infectada de insectos nocivos...

Estaba tan absorto en estos pensamientos que la aparición de la bengala le pilló completamente desprevenido. Vio la luz roja que comenzó a extenderse por el cielo, pero no se movió. El joven oficial que tenía junto a él le presionó en un brazo.

—¡Mi coronel! ¡La bengala!

Niko asintió, y recurrió al *walkie-talkie*:

—Atención. UWA: ¡fuego!

Una descarga ligeramente desordenada se oyó alrededor del castillo, en la linde del bosque, y mezclados con los disparos, gritos de dolor y alguna esporádica réplica de otras armas que pronto quedaron silenciosas. Para entonces, Niko ya estaba dando la siguiente orden:

—¡Adelante con las escalas!

Una docena de hombres, repartidos en parejas cada una de las cuales portaba una larga escalera de aluminio, aparecieron a campo abierto procedentes del bosque, y corrieron hacia el castillo. Detrás de cada escalera otro grupo de media docena de soldados, todos ellos bien armados y con magnífico equipo de campaña, incluido casco. En cabeza de uno de estos grupos, Niko Straviros miraba hacia el castillo, desde el cual, amortiguados por los muros, llegaban algunos disparos sueltos. En las ventanas aparecieron algunos hombres, se encendieron luces...

Desde el exterior, los soldados del UWA ya seleccionados para este cometido, dispararon contra las ventanas, tras poner rodilla en tierra. Se oyeron gritos de dolor, algunos hombres cayeron desde las ventanas... Casi todas las luces fueron apagadas.

—¡Si algún vehículo sale de ahí dentro disparadle con los bazookas! — gritó Niko.

Dos parejas de soldados portadores de estas armas se tendieron en el suelo frente a la puerta principal, apercibiendo los *bazookas*. Los demás estaban ya cerca de los muros, contra los cuales se estaban apoyando las largas escalas.

Niko Straviros fue el primero en comenzar a subir por una de ellas, y en cuestión de segundos llegó a lo alto de aquella parte del muro, mientras, en otros puntos, sus hombres alcanzaban ventanas y otros lugares del muro.

Abajo, en el patio del castillo, el caos era indescriptible unos veinticinco hombres corrían de un lado a otro, la mayoría en paños menores o pijama, pero todos empuñando armas. En las ventanas que daban al patio se habían encendido las luces, y la iluminación era deslumbrante en algunos sectores, confusa en otros. Niko se tendió en lo alto del muro, descolgó de su cinto el pequeño megáfono, y gritó a través de él:

—¡Esto es un ataque del UWA! ¡Ríndanse o serán...!

El silbido de las balas por encima de su cabeza, y los estampidos de los disparos efectuados en su dirección, acallaron su voz. Niko apretó los labios, tiró a un lado el megáfono, y empuñó la metralleta. Muy bien, si así lo querían así sería.

Apuntó su metralleta hacia tres hombres que corrían hacia la puerta principal, y apretó el disparador. Los tres hombres saltaron espectacularmente, rodaron por el suelo, y sólo uno de ellos se puso

acto seguido en pie, alejándose cojeando visiblemente, hasta que disparos procedentes de otros puntos lo alzaron en el aire como si fuese de paja, y lo derribaron destrozado.

Niko corrió a lo largo del muro, descendió por un tramo de peldaños paralelo a aquél, y disparó contra la cerradura de una puerta. Terminó de arrancarla a puntapiés, y se lanzó hacia el interior del castillo. Tras él no menos de ocho hombres corrían mirando a todos lados, listas sus armas. Desde el otro extremo del largo pasillo llegaron disparos y gritos, y dos hombres armados aparecieron corriendo, huyendo del UWA. Al ver a Niko y los demás se detuvieron en seco, parecieron a punto de rendirse, y sin transición se dispusieron a disparar contra ellos. En cabeza del grupo, Niko y el joven oficial que le seguía a todas partes dispararon a la vez... Cuando otro pelotón del UWA apareció en el extremo del pasillo, el asunto estaba zanjado.

—¡Las habitaciones! —gritó Niko—. ¡Distribuiros de modo que ocupemos todas las habitaciones cuanto antes! ¡Y observad por las ventanas cómo están las cosas en el patio!

Los pasillos retumbaban bajo las sólidas botas de los jóvenes y decididos soldados del UWA que estaban arriesgando sus vidas por algo más que una buena paga, una insólita aventura o el gusto de vivir como reyes mientras no hubiera combate: sabían que cada hombre que eliminasen dentro del cotillo significaba un favor hecho a la Humanidad.

Pero, en efecto e inevitablemente, también hubo bajas entre ellos, y fue, precisamente, a manos de un grupo de sus enemigos fugados de la isla. En el momento en que cuatro soldados del UWA doblaban la esquina de un pasillo y aparecían en otro, el grupo de ex «combatientes» de la isla, todos ellos en pijama, aterrados, pero esta vez provistos de armas de verdad, dispararon a la vez contra ellos, tan profusa y desordenadamente que no sólo acribillaron a los soldados del UWA, sino que se hirieron y hasta mataron entre ellos, al interponerse unos en la línea de tiro de otros. En sus manos, las armas que ellos mismos fabricaban, parecían objetos no controlables, y el resultado del breve y feroz encuentro dejó a los supervivientes aterrados y temblorosos, todos ellos tan pálidos como los que habían muerto.

—Deberíamos... apoderarnos de las granadas de éstos —

tartamudeó uno de los supervivientes.

Echó a correr hacia los soldados, seguido por tres o cuatro más, les quitaron rápidamente el cinto con las granadas colgadas, y regresaron hacia el otro lado del pasillo. Uno de los soldados del UWA se movió, los vio borrosamente, desenfundó su pistola, y disparó.

La bala, dirigida a propósito o no en esa dirección, dio en una de las granadas, que explotó, y en el acto dos más del cinto explotaron también. Una puerta fue arrancada, varios hombres saltaron por el aire, se oyó el retemblar de cristales rotos... y una nube de humo ocultó brevemente la espantosa carnicería.

En otro pasillo, Niko Straviros corría, siempre atento a la aparición del enemigo, que parecía haberse esfumado. Abajo, en el patio, tampoco se oían apenas disparos, sólo algunos esporádicos. En menos de tres minutos las fuerzas del UWA comenzaron a cruzarse por los desiertos pasillos limpios de enemigos; de enemigos vivos, pues muertos los había en abundancia.

—Las puertas —ordenó Niko—. ¡Abridlas todas, y las que estén cerradas derribadlas como sea!

Las metralletas volvieron a hacer oír su voz, reventando las cerraduras de algunas puertas. Del interior de las habitaciones fueron saliendo manos en alto y lívidos como muertos los escasos supervivientes del grupo de fugados en la isla, todos ellos en pijama. Niko se acercó a ellos, y los miró, con ojos llameantes.

—Sé que *Three* están aquí —dijo secamente—. ¿Dónde?

Los aterrados sujetos señalaron una gran doble puerta de sólida madera, que Niko intentó abrir por las buenas, sin conseguirlo. Se apartó unos pasos, disparó la metralleta, y acto seguido dos soldados lanzaron las puertas dentro de la cámara a puntapiés. Niko se metió dentro sin vacilar, con la metralleta por delante. Aquella cámara tipo suite disponía de varias habitaciones, pero Niko Straviros no tuvo que molestarse mucho en buscar a los tres hombres: los encontró juntos en uno de los dormitorios, arrinconados, dos de ellos empuñando pistolas; que apuntaron hacia Niko, oscilando de un lado a otro en las temblorosas manos.

Niko Straviros se detuvo, se irguió, y sonrió fríamente. Eso fue todo. Durante unos segundos, las pistolas continuaron apuntándole, o intentándolo, pero finalmente cayeron al suelo. Tres pares de

desorbitados ojos contemplaban con espanto al jefe UWA y de su Servicio de Información y Seguridad.

Este se acercó lentamente a los tres hombres, miró sus pijamas de seda, sus rostros demudados, y de nuevo sonrió fríamente.

—¡Teniente Vallone! —llamó.

—¡Mi coronel! —brotó junto a él el joven oficial.

—Vea cómo está la lucha abajo, téminenla, y llamen a Antenor. Y traigan aquí a Dusko.

—¡Sí, mi coronel!

Niko dirigió una última mirada de frío desprecio a los tres hombres, hizo una seña a sus soldados, y salió de la cámara. Ya no se oía nada en parte alguna. Ni siquiera gemidos de dolor. Nada. Los soldados que habían entrado en el interior del castillo miraban expectantes a Niko, que tragó saliva y murmuró:

—Busquen a la señorita Saint Cyr.

Se quedó plantado en medio del pasillo, inmóvil. Así estaba cuando el joven Vallone regresó, acompañado de dos soldados que prácticamente arrastraban a Dusko Petrov, que sangraba como si todo él fuese una esponja empapada en sangre. Niko Straviros palideció intensamente;

—¡No habéis debido moverlo, estando herido! ¡Ahora mismo...!

—Tranquilo, mi coronel —jadeó Dusko—. He sido yo quien ha querido venir. Sólo tengo heridas periféricas.

—¡Periféricas! —exclamó Niko—. ¡Maldito idiota, no es momento de bromas que...! ¡Tendedlo en el suelo, y haced venir al médico!

—Llegará con Antenor inmediatamente, mi coronel —dijo Vallone, que llegó corriendo—. ¡Estarán aquí en un minuto! Somos dueños del castillo, mi coronel.

—Forme a todos los hombres en el patio, y lleven allá a nuestros muertos y heridos... ¡He dicho que lo tendáis en el suelo!

—Nada de eso —masculló Dusko—: Yo me voy al patio con los demás heridos. ¿Ordena alguna cosa más, mi coronel?

—¡Vete al infierno!

—Al patio, si no le importa —rio Dusko.

En el momento en que le ayudaban a dar la vuelta, apareció Ophelia corriendo, llevando tras ella a dos soldados. Ophelia se detuvo ante el gigantesco Dusko, y se llevó las manos a la boca.

—¡Dusko! —gimió.

—Voy a necesitar una transfusión de buena sangre, señorita Saint Cyr —sonrió como pudo Dusko Petrov—: ¿Cuál es su grupo?

—Oh, Dios mío, Dios mío...

—Ya nos veremos. Ahora, fíjese quién está ahí. Vamos, muchachos.

Dusko se alejó, de nuevo prácticamente colgando de los hombros de los dos soldados. Ophelia vio a Niko, que la miraba fijamente, inmóvil. Durante unos segundos, estuvieron mirándose, ambos como petrificados. De pronto, corrieron uno al encuentro del otro, y se abrazaron fuertemente, en silencio.

* * *

EL silencio era total.

En el cielo aparecían las primeras luces del día.

A esas luces, el UWA esperaba el momento de la retirada total. En un lado, los supervivientes de la MO, temblando de frío y miedo, esperaban las últimas disposiciones del vencedor. Todo estaba listo para la evacuación del territorio, ocupado, pero todos sabían que el asunto aún no había terminado.

Y así era.

Antenor y Niko Straviros habían sostenido una breve conferencia, tras la cual, Niko llamó al teniente Vallone y le ordenó que dispusiera un pelotón de fusilamiento, que fue organizado en el acto con una docena de soldados. Mientras tanto, Antenor se acercó al grupo de la MO, y tras mirarlos a todos fríamente unos segundos, dijo:

—Esto no va a ser filmado, pero aquellos de ustedes que saldrán vivos de aquí se encargarán de hacer un perfecto informe de lo ocurrido a sus compañeros de la MO. Tampoco se publicará nada en los periódicos, pues la señorita Saint Cyr se niega a explicar al público todo este horror. Todo va a quedar entre nosotros, la MO y el UWA. Como sea, espero que ustedes hayan aprendido la lección, porque si no es así, si la MO vuelve a las andadas, el UWA volverá a entrar en acción, y esta vez no habrá piedad alguna para nadie... Y ahora, *Three*, vengan aquí. ¡Les digo que vengan aquí!

Los tres hombres no se movieron, pero tampoco hizo falta, Los demás miembros de la MO miraron el pelotón de fusilamiento, miraron a Antenor, y, comprendiendo, se apresuraron a apartarse, dejando solos a los tres cerebros directores de la *Master Organization*. Antenor también se apartó unos pasos, y miró a Niko

Straviros. Este miró a su vez al joven teniente, y le hizo un gesto afirmativo. El teniente Vallone se colocó de costado con respecto a los tres hombres.

—¡Preparennnnn armas! —ordenó.

Los tres directores de la MO comenzaron a temblar.

—No —gimió uno de ellos—. ¡No!

—Ya se les advirtió —dijo suavemente Antenor—, que ésta era una guerra en serio. Ustedes han sido juzgados y condenados como criminales de guerra.

—¡Apunten! —gritó Vallone.

En la fría mañana, las carnes de *Three* se encogían bajo sus pijamas de seda. Sus rostros estaban blancos como el amanecer. Ophelia, casi tan pálida como ellos, se abrazó a Niko, y ocultó el rostro en su pecho.

—¡Fuego!

ÉSTE ES EL FINAL

DURANTE las dos semanas transcurridas desde que se separara de Niko Straviros, Ophelia no había dejado de pensar en él, pero, justamente aquella tarde, cuando sonó la llamada a la puerta de su apartamento, estaba tan ocupada terminando un artículo que acudió a abrir de modo maquinal, todavía creando la última frase que terminaría su trabajo de aquel día...

Abrió la puerta, lo vio, y se quedó como quien ve visiones.

—Niko —suspiró.

—Nicholas Stranger —dijo Niko Straviros—, pero no me importará que me llames Niko. ¿Puedo pasar?

Ophelia se apartó, en silencio. Cerró la puerta cuando Niko hubo entrado, y se quedó mirándolo sin saber qué hacer... mientras, de pronto, su corazón comenzaba a latir como enloquecido.

—Estaba... estaba terminando un artículo, pero no importa...

—Esperaré —dijo Niko Straviros.

—Oh, no, ya lo...

—Esperaré.

Ophelia parpadeó, asintió, y regresó a su despacho, seguida de Niko. Ella se sentó ante la máquina de escribir, y él ocupó un sillón y encendió un cigarrillo. Ophelia tenía la mente en blanco ahora. Releyó las últimas líneas, se concentró como mejor pudo, y escribió por fin las tres líneas que completaban el trabajo. Metió las cuartillas en un sobre, puso la funda a la máquina, y miró a Niko.

—Ya... ya estoy.

—Muy bien. He encontrado un buen empleo, se puede decir que podré vivir como un millonario, y he pensado que necesito a mí

lado alguien que me ayude a gastar el dinero. ¿Quieres casarte conmigo?

El corazón de Ophelia pareció a punto de estallar, pero ella consiguió mantener la misma línea de conducta del sorprendente Niko.

—¿Qué clase de empleo es el que has encontrado? —preguntó.

—Director de una fábrica de... ¿A que no lo adivinas?

—¿De armamento? —palideció Ophelia Saint Cyr.

—Todo financiado por Antenor. ¿De armamento? No, mujer: de juguetes didácticos.

—¿De... de...?

—De juguetes didácticos. Quiero decir que nada de armas y cosas de ese estilo. Cosas para que los niños aprendan jugando. Por ejemplo, tenemos en proyecto un globo terráqueo que se ilumina y que...

—Oh. Niko —gimió Ophelia, poniéndose en pie—. ¡Oh, Niko!

—¿Te gusta la idea?

Ophelia corrió hacia Niko, se sentó en sus rodillas, y lo besó en la boca.

—¿De verdad quieres casarte conmigo? —casi gritó.

—¿Eso te sorprende? Ophelia, cuando tengas tiempo mira tus propios ojos en el espejo, y comprenderás por qué te amo.

—¿Por qué? —rio ella, estremecida.

—Porque eres una mujer. Dios, no encontraría otra tan inteligente ni valiente como tú... ¡Y además, tu cuerpo...! Ophelia, deja ya de dárte las de fea, ¿de acuerdo? No lo eres, ni lo has sido nunca. Y yo soy demasiado listo para no darme cuenta de ello. Además, cuando recuerdo aquella noche... ¿Le recuerdas tú?

—¡Vaya una pregunta! —se sofocó deliciosamente Ophelia—. ¡Claro que sí!

—¿Y no te gustaría repetirla... una y otra vez durante... cincuenta o sesenta años noche tras noche?

—Niko, me estaba muriendo por verte... ¡Te amo!

—Entonces, tal vez podríamos empezar esta misma noche nuestros nuevos planes de vida. ¿Estás de acuerdo?

—Por completo —susurró Ophelia; de pronto pareció recordar algo—. ¿Qué ha sido de Dusko?

—¡No me lo nombres!

—¿Por qué?

—Ese es el punto negro de mi futura vida feliz.

—¿Murió? —palideció Ophelia.

—¡Qué había de morir...! ¡Antenor lo ha nombrado vicepresidente de la fábrica de juguetes! ¿Te imaginas? ¡Lo tendré ante mis narices día tras día...!

—¿Y eso qué tiene de malo? —se desconcertó Ophelia.

—¡Es que ese cretino siempre me llama «mi coronel»! ¿Te lo imaginas? ¡El presidente de una compañía de fabricación de juguetes didácticos llevando siempre al lado a un tipo como Dusko y siempre oyéndose llamar coronel!

—Pues a mí me gusta —susurró Ophelia, acercando su boca a la de Niko, y vibrando al sentirse acariciada por éste—. Me gusta tanto que desde este mismo momento me pongo a sus órdenes... mi coronel.

F I N



ISBN: 84-02-02513-7



9 788402 025135

01699



EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.



PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España